

*Emociones sutiles*  
**El fútbol  
como metáfora**



**ÓSCAR MAURICIO  
DONATO RODRÍGUEZ**



**UNIVERSIDAD  
LIBRE®**

Facultad de Filosofía  
Bogotá D.C.

## Óscar Mauricio Donato

es filósofo de la Universidad Libre,  
Magister en Ciencias Políticas, en  
Sociología y PhD. en Ciencias Humanas  
en el área de Filosofía Política.

Autor de varios libros y ensayos sobre  
su área de trabajo, entre estas  
publicaciones destacan *Autoridad y  
Enemistad: Schmitt - Uribe o el combate  
de los conceptos* (Ibáñez/ Bogotá 2010);  
*Leo Strauss de Nietzsche a Platón* (Clacso  
Argentina, 2014. –EtAl); *En torno  
a Platón, Sócrates el enigma de Atenas*  
(U. Libre/Bogotá 2015- EtAl) y  
*Platón desplatonizado* (Prometeo,  
Argentina 2017).

Actualmente se desempeña como  
profesor e investigador en la Universidad  
Libre y ha sido docente invitado en  
distintas universidades, entre ellas  
la Universidad Nacional (Col),  
la Universidad de Buenos Aires (Ar),  
la Universidad de Bologna (It) y  
la Universidad de Sevilla.

## Emociones sutiles El fútbol como metáfora



ÓSCAR MAURICIO  
DONATO RODRÍGUEZ



**UNIVERSIDAD  
LIBRE®**  
Facultad de Filosofía  
Bogotá D.C.

Emociones sutiles: el fútbol como metáfora / Óscar Mauricio Donato Rodríguez. – Bogotá : Universidad Libre, 2020.  
93 p. ; 24 cm.

ISBN 978-958-5578-20-3

11. Emociones 2. Cuentos 3. Ética  
I. Donato Rodríguez, Oscar Mauricio

808.831 SCDD 23

Catalogación en la Fuente - Universidad Libre. Biblioteca.



### *Directivas*

<i>Presidente Nacional</i>	Jorge Alarcón Niño
<i>Vicepresidente Nacional</i>	Jorge Gaviria Liévano
<i>Rector Nacional</i>	Fernando D'janon Rodríguez
<i>Censor Nacional</i>	Ricardo Zopó Méndez
<i>Secretario General</i>	Floro Hermes Gómez Pineda
<i>Presidenta Seccional</i>	María Elizabeth García González
<i>Rector Seccional</i>	Fernando Arturo Salinas Suárez
<i>Decano de la Facultad de Filosofía</i>	Rubén Alberto Duarte Cuadros
<i>Directora del Centro de Investigaciones</i>	Adriana Ruelle Gómez

Comentarios y sugerencias: [donatooscar@gmail.com](mailto:donatooscar@gmail.com)

© Facultad de Filosofía, 2020  
© Universidad Libre, sede principal, 2020

ISBN IMPRESO: 978-958-5578-20-3  
ISBN DIGITAL: 978-958-5578-21-0

Queda hecho el depósito que ordena la Ley.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Editorial: Universidad Libre  
Coordinación de Publicaciones y Comunicaciones: Luz Bibiana Piragauta Correa  
Correo: [comunicaciones@unilibre.edu.co](mailto:comunicaciones@unilibre.edu.co)  
Calle 8 n. ° 5-80, tel. 3821000, Bogotá, D. C.

Corrección de estilo: Mateo Romo.  
Diseño y diagramación: AF&M Producción Gráfica S.A.S.  
Esta obra está cofinanciada por el Fondo de Publicaciones de la Universidad Libre  
Impreso en Colombia en los talleres gráficos  
de AF&M Producción Gráfica S.A.S.  
Carrera 68 g n. ° 64A - 31  
tel. +57(1) 250 1584  
[afmproducciongrafica@gmail.com](mailto:afmproducciongrafica@gmail.com)

Bogotá, D. C., Colombia, 2020  
Printed in Colombia

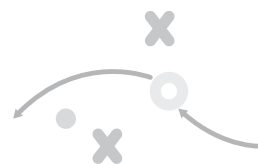





«Los estereotipos son verdades cansadas»  
G. STEINER



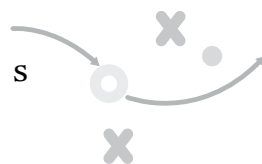
*A mis padres y a mis hermanos*



## C O N T E N I D O

 Agradecimientos	15
El penal de Zizou (el instante)	19
Al borde del mundo (sobre los sueños)	22
Abrazo de gol de Pelé (la amistad)	23
Ronaldo <i>vs.</i> el mundo (la secularización)	25
La promesa: el fútbol de ellas (lo femenino)	28
La Argentina de Messi (el liderazgo)	33
El crítico (los intelectualoides)	34
Mandar al infierno al diablo (el poder narco)	39
Un gol desde la cabina de radio	41
La próxima temporada (sobre la esperanza)	46
El debut de mi sobrino (sobre la victoria falsa)	49
Ser campeón (sobre la victoria)	52
Picardía brasileira o ¡Un Cafú por favor! (la perseverancia)	55
Los amantes	60
No todo es resultado (sobre la derrota)	62
Redonda como la pecosa (sobre la verdad)	69
Comían arroz con huevo en un cielo azul	
inusitado (las perspectivas)	70
El gol de Rincón (la libertad)	74
El expreso al infinito (la imaginación)	78
El fuera de lugar (el momento oportuno o el azar)	84
Eso ojos verdes paisas (las diferencias sociales)	85

## L I S T A D E I L U S T R A C I O N E S



<i>Portada</i>	Laura Angélica Mendoza
<i>Collage</i>	Fabio López
<i>Zizou o el instante</i>	Fabio López
<i>La promesa</i>	Laura Angélica Mendoza
<i>El crítico</i>	Fabio López
<i>Borges vs. Derrida</i>	Nelson Antonio Cruz Medina
<i>Gol en radio</i>	Fabio López
<i>Cafú</i>	Fabio López
<i>Expreso al infinito</i>	Laura Angélica Mendoza
<i>Ojos verdes</i>	Laura Angélica Mendoza



«Ha pasado algo extraordinario. Es el día de navidad y los soldados alemanes han pedido el alto al fuego. Así que, con mucha cautela, uno de nuestros hombres se levantó por encima del resguardo y vio cómo un alemán hacía lo mismo. Nos pasaron un paquete de puros y de cigarrillos... si no lo hubiera visto con mis propios ojos no lo hubiera creído los efectos de la Navidad en la trinchera, era como ver un sueño. ¡Fútbol en tierra de nadie! (...) no es el mejor de los campos, el barro está congelado, pero teníamos los postes y dos equipos, ¿qué más necesitaríamos? (...) estamos en el mismo suelo, nos gusta el mismo juego, debajo del uniforme somos los mismos, realmente era difícil creer que estábamos en guerra».

*Carta de un soldado en la trinchera inglesa durante la Primera Guerra Mundial*



[CLICK PARA VIDEO](#)







## AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a las instituciones  
que me agotaron en un tipo de escritura  
y me llevaron a la otra.

A los jugadores,  
periodistas, aficionados  
que me permitieron  
hablar de cosas  
profundas de manera  
sencilla, y sobre todo  
a los que me dejaron  
escuchar y hablar de  
forma sencilla por el  
gusto de hablar.

A los ilustradores  
y diseñadora que  
llenaron de magia y  
color este texto que lo  
pedía, lo necesitaba.

A los pares  
lectores que me  
dieron «la ley  
de la ventaja» y  
desempataron  
este libro.

A Caro, que  
juega de 10.

A los amigos con los  
que hablo de fútbol, o de  
libros y de tantas vainas.

A mi familia que hace  
de pívot.





Las emociones, aun las más sencillas, aun las cotidianas, quieren ser sentidas. ¿Por qué *sólo hablar lo* importante, si lo otro también se puede disfrutar, recordar o amar? Sí, claro, de lo fundamental aprendemos y sentimos las cosas fundamentales. ¿Es suficiente decir que, por ser sencillas, sutiles, cotidianas, comunes, debemos abandonarlas? ¿Cómo si justamente las cosas sencillas y sutiles están con nosotros día a día y nos acompañan? Ellas nos conducen o nos escoltan. Y, aún si nos dijeran que debemos buscar las otras porque esas sí son «las fundamentales» ¿cómo le explicamos eso al pecho que quiere quererlas? Este libro, entonces, se escribió sin pretensiones, por el gusto de hablar, por el deseo de ver lo profundo en las cosas simples, con el propósito, no necesariamente logrado, de hacer metáforas sencillas con las que aprendimos cosas valiosas.

En estos relatos no hablamos de nada fundamental, y lo marcamos desde el índice. Acá hablaremos de seres que lloran de alegría, de la incertidumbre de un pensionado, de las derrotas, de los triunfos, de aquellos acontecimientos que nadie esperaba, de la esperanza, de los sueños, de los recuerdos de infancia. Algunos episodios son metáforas sobre el instante, la amistad, la verdad, otros son una gambeta a la razón. Algunos episodios son comentarios o anécdotas del fútbol, otros son acotaciones sobre política e historia a través del fútbol. No

faltan los episodios están dedicados a singulares personajes, o los que se critican el mórbido negocio de masas violentas.

Así pues, presentamos un libro de relatos desobedientes del género con diversos episodios, crónicas y relatos que no tienen un orden o una regla de lectura, narran emociones recordadas o vividas por quien un día jugó o juega a la pelota, por aquellos que madrugan un domingo, los que se tomaron una cerveza, un juguito, una gaseosa en la esquina con quien media hora antes les pegó una patada. De quien se salvó de una roja justa, quien pidió prestadas unas canilleras, de quien escuchó por radio un gol y lo imaginó distinto...

Esta es más bien una catarsis, un autogol, escrito por placer y sin pretensiones sociológicas, filosóficas o políticas, aunque algo de eso se deje ver, pero en lo fundamental, el libro está escrito para los que al llegar a un campo de fútbol sienten el olor al pasto y saludan con un abrazo, para los que con excusa del fútbol se encontraron a charlar con otros; para los que aprendimos que se puede hablar de modo simple y que se puede hacer del fútbol una metáfora de otras cosas.

Si usted es generoso y lo recibe, quien quiera sea, tome estas líneas como un pase que une el gusto por la lectura y el gusto por el fútbol. Reciba «chiquita» esta propuesta, toquemos entre los dos, hagamos una jugada linda, yo que escribo, y usted que, al leer, criticar y comentar, remata. Yo con estas líneas propongo un pase a la zona (del tiempo) libre en el pecho, y como se dice en la cancha... «tome y abrácame».

## EL PENAL DE ZIZOU

Fabio López



[CLICK PARA VIDEO](#)



La vida es una función sin ensayos, siempre, a cada instante salimos a escena. La vida es una función sin ensayos. Junio 9 de 2006, veinte horas y siete minutos (hora de Berlín) final del campeonato mundial de fútbol. El balón descansa sobre el punto penal y adelante está Buffon, el mejor arquero del mundo, uno de los mejores de la historia, su antiguo compañero de glorias en Juventus. Adelante la gloria y la adoración de un penal convertido, la consagración de una carrera. Adelante el azar, el capricho de un rebote hacia afuera, de un ligero viento que cambie la consagración y la gloria por reclamos de periodistas del mundo entero, abucheos de hinchas y advenedizos, por un capricho del azar, una tristeza que no logra consuelo.

Zinedine Zidane pasa su lengua por la boca en su último partido como profesional; unas pocas manotadas de instantes después será un retirado, los sueños de su vida entera acabarán en el mismo instante en que el árbitro silbe el final del partido.

Zidane toma poca distancia para ejecutar, es tan solo un penal, pero es el último de su carrera y la vida quiso que fuera justo ahora. Atrás sus compañeros y también Panenka con su estilo; atrás, un poco más atrás, unas manotadas de instantes que atraviesan su cabeza con un orden extraño: el toque de queda contra los argelinos en el 61, la matanza en la estación del metro de Paris de Charonne en el 62 y, justo ahora, en este instante, un hombre de apellido argelino representa a Francia mientras millones y millones lo miran en la tele, cientos gritan y pitan en el estadio. Zizou exhala recordando a Jean Claude Elineau, su entrenador de infancia que lo llevó a vivir a su casa, lo trató como a un hijo y siempre le habló de ganar y del mundial, de la gloria, de la presa, del entrenamiento, de los viajes... pero nunca de este inverosímil instante para el que nadie está preparado, un breve instante del que nada se sabe. Es un instante en la vida, un único instante y también es otro instante, es un instante como todos los instantes: un

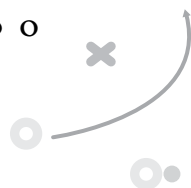
apretado parpadeo del tiempo en mitad de otros montones de apretados parpadeos de tiempo.

Zizou escucha el silbato de Horacio Elizondo que le llega directo al pecho como cuando su madre le gritaba desde la playa que regresara, o como cuando su abuela gritaba: «Quand ça bouille, abaisse!» («¡Cuando se cueza, baja el fuego!»), grito que indicaba que la sopa de pescado y mejillones de su infancia pobre ya estaba lista. ¡Justo ahora!, en ese preciso instante en el que la vida se cocina bajo el fuego del tiempo llega el grito de la abuela acompañado de los gritos de sus amigos en La Castellane, en Marseille, donde creció corriendo y en bici, en esos ya lejanos instantes donde dio sus primeras patadas en el judo. ¿Y si se hubiera dedicado a eso? ... no estaría ahora en estas.

Pero rápido, infinitesimales instantes en que sus impulsos nerviosos le recuerdan su «ahora» su instante, este instante, Zizou se concentra nuevamente, da entonces el paso y deja atrás su pasado bereber, la guerra en Argelia, su nacionalidad francesa, el grito de la abuela, el olor a pescado, los juegos de infancia: toca el balón hacia adelante, todo su pasado se difumina en aquel sutil instante en el que el balón y su pierna se tocan suavemente y ese balón de cuadros blancos y negros gira y gira sin posibilidad de ensayo ni de retorno, y en el siguiente instante suena un «clanck» del golpe en el palo... y luego el siguiente instante...



## AL BORDE DEL MUNDO



Se sentía un hombre maldito, su lengua seca descolgaba, se sabía perdido y caído en el centro del desierto, sucio, gordo, de barba no muy espesa, pero sí bien poblada, mientras una luz encandelillaba sus ojos. Ignoraba cuanto tiempo llevaba en dicha situación, incluso, ignoraba con precisión su actual estado, pero se sabía en peligro de muerte: «No quiero y no puedo ser salvado», se decía en su agonía sin que nadie escuchara.

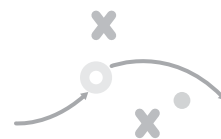
Recordaba que un día había sido querido y que alguna vez había sido un niño pobre, que cantó en la tele, que sobre él había canciones, películas, tazas, poemas, libros y charlas. Incluso, recordaba el profético relato sobre su obra maestra, las terribles palabras de Víctor Hugo presagiaban «la jugada de todos los tiempos» con sus exactos adjetivos «brillante», «cósmico», esa descripción de la grandeza de Diego Armando Maradona con la pelota hacia una pregunta fatal: «¿De dónde viniste?».

Con esa pregunta de la narración se abría un incómodo silencio: ¿a dónde ir ahora? ¿Qué sigue en la vida después de lograr los sueños y la gloria? Después de correr a campo travieso dejando todo el mundo por el camino en ese gol contra los ingleses llegaron la copa, la satisfacción, los sueños cumplidos... y después queda la nada, el borde del mundo, después de la mano de Dios aparece la risa del diablo.

Sin sueños en el porvenir quedó la droga, el vacío, la amistad frívola, los escándalos, las contradicciones, las salidas en falso, los espectáculos grotescos, la nostalgia del pasado, la pregunta por el eterno ayer que le quita vida cálida de hoy.



[CLICK PARA VIDEO](#)



## ABRAZO DE GOL DE PELÉ

*«La pluralidad es el precio que pide la vida por el júbilo de habitar junto a otros».*

H. ARENDT

*A Norma y Willi*

Si quiere jugar solo, juega squash, y ni eso, va a extrañar el poco calor que permite el mundo, el abrazo del otro, el placer verdadero requiere del otro, el habitar en armonía con tonos diferentes, diferentes sonidos que en griego se dice fonos y que cuando están bien ejercidos y son varios se dice sinfonía: eso era Brasil en el 70. Dígalo con ritmo y vera que suena lindo: Félix en el arco, Carlos Alberto, Brito, Piazza y Everaldo. En el medio Gerson -Clodoaldo -Jairzinho -Pelé y Rivelino, y adelante Tostao.

La jugada inicia con solidaridad de Gerson que baja hasta la cancha propia y ayuda a quitarla para que Brasil inicie un gol emblemático, una muestra de la dicha del jugar sin competir, del jugar por jugar, un toque aquí un toque allá, dichosos once amigos que desean pasar el tiempo juntos y no por necesidad sino por el gusto de estar, tocan la bola y comparten, involucran, conllevan el balón y le da tiempo a Clodobaldo para que haga un lujo que pone a delirar, y todavía hay más, sigue el toque. Los únicos que no la acariciaron fueron los del banco, acaso porque no era reglamentario.

Jair la deja a Pelé que por intuición se desmarca corriendo hacia atrás, libre de cadenas se vuelve redentor para el amigo:

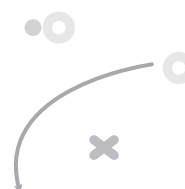


[CLICK PARA VIDEO](#)





Igual que lo hiciera con Rivelino contra Uruguay, así como se la había bajado a Jahirzinho, Pelé toma el balón: la para con la derecha, la comparte con la izquierda para darle tiempo a su otro yo que venía corriendo por la banda con el nombre de Carlos Alberto, se giró, «tome, refúgiense acá», «tome» dice Pelé porque intuyó lo que quería su amigo, «tome, vincúlese», «tome y abráceme» que los amigos se saludan de abrazo para que sean uno solo. «Tome y hágalo», «abráceme» dice Pelé cuando Carlos Alberto talló el balón en una postal inolvidable donde se puede ver con nitidez que la primera en saltar de alegría fue la mismísima red del arco italiano. No fue un gol, fue un poema escrito entre varios.



## R O N A L D O V S . E L M U N D O

14 de febrero de 2011: «Quiero pedir disculpas porque he fallado», dijo Ronaldo Nazario entre suspiros largos y lágrimas, casi sin poder hablar, gordo y acusado de excesos e indisciplina, vi retirarse al más grande delantero de los últimos tiempos. Yo no vi un delantero brasileiro más dotado que el Fenómeno Ronaldo.

De inmediato pasó por mi cabeza el día que Ronaldo dijo que el también pasaría más tiempo en casa, como Figo, si tuviera una esposa tan linda como la de Figo; recordé que su corte de cabello se puso de moda en 2002 y el gol de puntazo a Oliver Khan. Ese 14 de febrero tenía la sensación de estar viendo la historia del gol llorando, tenía la sensación de que verlo llorar y despedirse era lo único humano que le había visto hacer. Hasta ese entonces yo no había considerado un ser humano a Ronaldo.

... Era tan fuera de serie ... –pensé–, tan más allá de todo... ¿Quién habrá jugado el Barca-Real, el Inter-Milán con las cuatro camisetas y habrá anotado con todas? –me pregunté–, ¿Quién le metió tres a Argentina en un solo partido? Y de todos los goles y de todos los caños, pisadas, tacos, embestidas, gambetas, bicicletas, definiciones frías, jugadas ardientes, de todas las veces que le vi tomar el balón de espalda a 50 metros del arco, solo, ante cuatro, ante cinco, ante seis. Con tanta distancia, con tantos rivales ... y eso en Ronaldo ya era amenaza, eso en el fenómeno ya daba miedo, él hacía de eso una opción clara de gol.

Mientras la tele pasa la imagen del fenómeno llorando y el periodista recuerda sus lesiones y su crisis nerviosa en la final del 98, yo tenía en la cabeza un gol, un gol que no olvido,



[CLICK PARA VIDEO](#)



uno que nunca intenté, un gol que Ronaldo recuerda y los defensas no olvidan.

Tres metros atrás de la línea de la mitad de la cancha Ronaldo arranca, al pasar el primer pie a la cancha rival le envían la primera, la segunda ... la tercera patada, las esquivas, como no fue suficiente le agarran la camiseta por atrás, pero nada, esto solo sirve para que se frene y el segundo rival, a menos de un metro entre Ronaldo y el primer defensa, pasara de largo. Ronaldo se frenó y se pasó el balón del pie derecho al izquierdo, como si fuera solo, como si no hubiese gravedad, los dos defensas parecen no afectar, tranquilo donde otros estarían nerviosos, se le ve risueño, Ronaldo quiere una picardía y arranca, explota.

Al fondo, en la tele, otro periodista destaca que a Ronaldo, tras la crisis de la rodilla al llegar a Madrid, le presagiaron otro fracaso y que este le respondió al periodista: «No se equivoque conmigo, yo sigo adelante» ... Como adelante siguió en la jugada que yo no olvido, un gol que Ronaldo recuerda y que los defensas no olvidan.

El segundo defensa siguió de largo a muy 50 metros por delante del arco, ante el defensa que pasó derecho Ronaldo había tomado impulso, fue una estampida de uno solo, como si no le hubiesen agarrado la camisa, como si no hubiesen mandado tres o cuatro patadas, incluso, como si no llevara finamente el balón con la punta del pie, Ronaldo había arrancado y dejó saludos a los defensas, les sacó cinco metros de ventaja, el central viene al cierre justo en la entrada del área pero no lo toca, acaso porque no quiere penal, acaso porque no sabe si es un humano quien lleva la bola, llega el otro central, se pone de frente y Ronaldo nuevamente desliza el balón de la pierna derecha a la izquierda y nuevamente a la derecha, eso se escribe despacio, eso se dice despacio, él lo hace rápido, llega el otro central ... llega a ver cómo el balón entra sin que tampoco el arquero pueda hacer nada.

La nota termina en la tele con algunas imágenes de otros tantos de sus goles mientras yo recuerdo lo que leí alguna vez: «Perfecto: aquello que no carece de nada y que por ello no es humano» ... Casi era una definición de Ronaldo Nazario. Era demasiado perfecto para ser humano y, sin embargo, lo que estaba diciendo aquella tarde era justamente lo contrario, que era demasiado humano, que había perdido una batalla contra su cuerpo (el hipertiroidismo le había quitado el balón). Así, el 14 de febrero de 2011, Día de San Valentín para los gringos, el romance entre Ronaldo y las redes había llegado a su fin, como todo lo humano.

## LA PROMESA: EL FÚTBOL DE ELLAS

Laura Angélica Mendoza



[CLICK PARA VIDEO](#)



«Los estereotipos son verdades cansadas».

G. STEINER

A Martha Casas

Muchas confesiones debo hacer antes de empezar el relato: que nunca supe cómo sería esta nota, que fue la última, que intente siete versiones, que la miré desde varios lados, que de no ser por un acto de mi ángel de la guarda me habría quedado sin entrada al estadio, que hablé con mucha gente (jugadoras, periodistas, ex guerrilleras, feministas, académicos, mamertos y mamertas, con gente en la calle, aficionados cualesquiera), que encontré poco o nada del análisis de cada fecha en la prensa, que sólo para esta nota algunas personas me pidieron reservar su nombre, que llevo varios meses viendo videos, leyendo del tema, encontrándome con gente muy amable, con alguna otra francamente insoportable, que igual tampoco tenía por qué darme unos minutos, etc. y etc.

El caso del cuento es que tenía mucha expectativa del inicio de la liga y fui a la final del fútbol femenino: como a todos, me sorprendió ver tanta gente, un estadio sin ESMAD y más bien solo auxiliares de la policía, incluso sin policía canina, con poca prensa, menos requisas, menos banderas, menos gente pidiendo plata para la boleta a las afueras, con más comida casera, los mismos cantos, menos publicidad, los mismos revendedores; los partidos que hasta ese día había visto me parecieron más lentos, muy tácticos, de jugadoras con mucha destreza, encuentros con menos faltas, menos escupitajos (por ahora), menos plata (por ahora). Empezó la liga por decreto y sin que esté nadie preparado –como tantas otras vainas– pero «a buen fin no hay mal inicio».

Sin embargo, pienso que, de algún modo, todo ya había empezado, había empezado varias veces cuando llegó la profesora, la gerente



o la doctora, cuando la señora salió en el auto sola, cuando se lanzó la candidata, con doña Hortensia que crio a sus hijos sola, con mi abuela que se voló de su casa una noche para no casarse con un señor que ni conocía y así con tantas y cada una de las Andrómacas, Lisistratas y Antígonas criollas.

Sarah, la periodista, me contó que lloró cuando vio el estadio lleno y las 33.237 voces cantaban: «Vamos las leonas». A mí –¡pa' qué!– me conmovió mucho, pero lo que me causó la llorona fue al minuto ochenta y tanto cuando la árbitra auxiliar levanto el tablero electrónico y marcó la salida de Leycy Santos: se veía tan contenta. Una niña de 8 o 10 años que levantaba su mano y lloraba, allí me pregunte: ¿Cuánto costó llegar a esto?

Era muy corto de luces pensar en «los seis meses del torneo»; me había entrevistado con mujeres que me contaron que para poder jugar en los años noventa debían tener tres o cuatro trabajos; que sacaron a sus hijos del colegio porque se les burlaban por ser hijos de una futbolista y les tocaba iniciar el año en Semana Santa; por eso pienso que no fue este año, el fútbol femenino en Colombia había empezado muchas veces, cada día en la decisión de cada mujer que fue a entrenar a pesar de ver con claridad que no querían invertir en ellas, que las mandaban a hoteles con cucarachas, que les pedían de regreso la ropa de la competencia. Era una historia que había empezado incluso antes y muchas veces, cada vez que una niña pasaba y miraba con ganas de entrar en una cancha. Es una historia larga que empezó cada vez que una mujer enfrentó a la familia porque quería algo distinto y, poco a poco, se deshizo de la pena o de la culpa, como si fuera delito ser lo que uno quiera y los mandó para la mierda.

Aunque me fue muy difícil encontrar más jugadoras –y me contaron que lo que pasa es que no le permiten el acceso a la prensa «para evitar distracciones y coqueteos»–, pude ver en algunas de ellas las mismas respuestas que los hombres ya

dieron: «Es muy duro dejar a la familia y todo eso», se pasan por las mismas dudas y penas. Sarah –la periodista– y las tres deportistas me dijeron que no se trataba de comparar, que simplemente son modalidades distintas. Una me contó que un novio sufría porque ella entendía mejor el juego, que los amigos lo molestaron: «Me terminó el pendejo», dijo.

Después quería consultar desde varios ángulos, con gente de la academia, de la abogacía, de la política, una amiga feminista, a un tío machista, a una monja, una ex guerrillera, a otra que todo le importa un bledo, les pregunté a varias vecinas mientras sacaban de paseo al perro, a la doña de la tienda.

En general respondieron «que les parecía muy bien» y es que la emancipación llega por muchas vías, hubo una –adivinen– que me dijo que ante Dios todos somos iguales; una escéptica que dice que no es relevante porque eso no da igualdad política; un par que ni enteradas y otras varias que se emocionan –y con razón– porque «también son logros» decían.

Hable con varias periodistas del fútbol. Me sorprendió todo en Claudia Helena, lamenté no poder encontrarme con Melisa y ¡que vaina!, aunque busque a Judy Lizalda por cielo mar y tierra, no di con ella.

Una vaina con lo de Lizalda, ¡Imagínese la emancipada!, ¡Periodista deportiva en los setenta! Me descrestó Claudia Helena: la doña sabe de lo que quiera, sobre todo de Millonarios, lleva más de treinta años en la cancha, haga sol o llueva, y le da la información de Millos la que quiera. Muy sencilla, muy atenta, me contó –así charlando– que la primera entrevista se la había realizado a Battaglia, que vio de todo en Millonarios, que después de tantos años por fuera, cuando volvió Chitiva, el tipo se acordó de ella. ¡Así de querida es Claudia Helena! Me pareció también modesta y discreta; dijo que «le toco duro, ¡claro! como a cualquiera», pero a mí se me



hace que es modestia, porque en este país machista no debió ser fácil ganarse el respeto en el área que trabaja ella.

Sarah me contó un cuento que adivino ya tenía masticado, pero lo importante es que la tiene clara y le pone mucha verriquería, para hacerla corta le digo lo que me indicó ella:

Yo le comenté que me molestaba por ejemplo que, en un programa de fútbol, podían estar el gordo, el flaco, el calvo, el despeinado y «tú tranquilo», porque es un programa sobre fútbol, pero uno analiza las mujeres... ¡y vea! Ella me dijo, con algo de razón y más sutileza, que yo era un *cliquesudo* (y sí), que tenía el estereotipo general de pensar que la modelo periodista no sabía de fútbol; que eso era cosa de ellas, que de pronto una que otra está para leer el twitter, pero –me dice seria– tampoco es fácil pararse en la tele y con los hinchas, y que claro que saben de fútbol. Para mí y para ellas, la cosa obvia: es que no es de sexos, sino de legitimarse en su carrera.

En la misma charla llegamos rápido a un acuerdo sobre el asunto Armero y su violencia familiar: el tipo comete un delito, le pega a la mujer y como esto ocurre donde los gringos entonces la cosa sí parecía seria, y se hace un lío público. La gente, que es jodida, decía: «¡Cómo le pegaste mi negro!». Violencia intrafamiliar en Estados Unidos es cosa seria, pero acá ¡qué va! En cualquiera ahora, de ser en Colombia, la policía no habría visitado la casa de la denuncia o, de llegar, le habrían pedido un autógrafo al futbolista, le habrían dicho a la mujer que es culpa de ella; acá como no pasa nada, no falta el que dice que eso es cosa de la vida privada ... que no hay que meterse en la casa ajena, ¡pero eso sí! no es cosa de la vida privada y están listos para entrar a la casa del futbolista si se trata de hablar con la tía, con el papá, con la vecina y con la abuela, están allá metidos cinco horas antes del partido para poder hacer la nota previa ... Claro, yo la entiendo, parece una sutileza, pero vea usted, uno cómo tiene de mierda metida en la cabeza.



## LA ARGENTINA DE MESSI

Del genio cósmico de Messi ya todo o casi todo está dicho, no diré nada sobre esto. Diré algo sobre la expresión «la Argentina de Messi». Esa expresión, o «la Argentina de Maradona», «el Brasil de Pelé» esas ... Y es que, en su simpleza, esa frase dice mucho y es muy fea. Sus equivalencias políticas son también terribles: «la Venezuela de Maduro», «la Alemania de Hitler», «la paz de Santos», «la seguridad democrática de Uribe», «la Argentina de los Kirchner», «la Rusia de Putin», «la Rusia de Stalin». Ninguna de esas fue sola y ninguna de esas fue de ellos, sino de muchos otros que aplaudieron, apoyaron, omitieron, callaron, votaron o no disintieron.

Es que en «la Argentina de Messi», el genio juega además con Di María, Agüero, Higuaín, Mascherano, Lavezzi, ¿y qué me dice de la Argentina de Maradona? También jugaba Pasarella, Valdano, Ruggerri, Bochini, ¿ve? ... Y el Brasil de Pelé ni le cuento: Félix, Carlos Alberto, Brito, Piazza, Everaldo, Gerson, Clodoaldo, Jairzinho, Rivelino, y Tostao. ¿O es que a usted le parece que ellos no jugaron? Y así también en política: la Venezuela de Maduro no estaba sola, ni Hitler hacia las cosas solo sino con otros y no pocos sino miles, y así también podemos hacer cuentas con «la paz de Santos», «la seguridad democrática de Uribe», «la Argentina de los Kirchner», «la Rusia de Putin», «la Rusia de Stalin».

Es que uno al mundo no llega solo ni sin causa; además, uno se va y el mundo no se cierra. Esas expresiones hacen pensar que se necesita un «Messi», un «Mesías», un salvador, un líder, cómo si uno no fuera capaz de acciones, como si los otros no fueran capaces de acciones. Por eso esa frase me molesta, me hastía, me enerva, ¡cómo si perdiera o ganara solo!, ¡como si el otro no existiera!



[CLICK PARA VIDEO](#)



## EL CRÍTICO

Fabio López



*«El fútbol es popular porque la estupidez es popular».*

JORGE LUIS BORGES

La lluvia empezó a rociar la ventana desde donde Mario esperaba mientras miraba la tarde gris, fría y ahora lluviosa, en la cálida comodidad de su apartamento guardando un libro sobre la Escuela de Frankfort y bajando el volumen a una canción de John Coltrane comentó indignado: «Ya empezaron a llegar todos estos endemoniados, –dijo–, «¿Cómo es que se llaman?: ¿Hinchas? ¿Hinchados? Si lo que justamente son vacíos, no hinchas, ni hinchados, son una banda de nihilistas que aman un club porque ya no hay amor a la religión y al Estado, porque tienen en su inconsciente el recuerdo de un clan primitivo, por eso es que ven un gol ... y se vuelven orates. En el fondo es lo mismo ser de un club o de otro; en el fondo todo es la misma vaina, cambia el color y el nombre; yo no sé ni porque se aferran a eso si es una estupidez ... y hasta se hacen matar por eso ... y de ganar hoy van a armar un lío», terminó mientras caminaba por su apartamento dirigiéndose a la habitación.

Mientras se desplazaba del estudio a la sala para poder cruzar a la habitación escuchó:

–Bueno, pero ¡qué! Eso también somos los humanos, ¿o es que solo vale lo racional o qué? ¿No somos, pues, animales? ¿No ve que tenemos sentimientos de toda clase y esos, tan inmediatos y primitivos, también nos hacen humanos? Somos doce metros de tripas ¡Eso ya dice mucho!

–¿Pero es que llegar al colmo de matarse por un color o una bandera?, –inquirió Mario.

–Bueno, pero espere –intervino Alejandro con su suave voz– ¿De quién me habla?, ¿De estos hinchas o de sus padres y



abuelos en guerra que les heredaron este país sin futuro? Es que ¡ajo! les dieron un país sin oportunidades, lo único que heredaron fue odio, el corte de corbata, la guerra de rojos y de azules. Dígame ¿qué les dieron a estos muchachos? Diga pues que les dieron para saber qué pedirles.

—No, —se responde Mario—, pero es que si ganan vea el reguero que hacen: ¡se vuelven locos! Y los muertos, los borrachos, las peleas...

—Bueno sí, pero no es sólo un tema del fútbol. El fútbol es un deporte y un espectáculo; acá se dan también el día de la madre y en navidad. Acá hay gente, en todo lado, que si no les hacen caso «le revientan la cara m...» y vea a Sergio y a Ignacio en la reunión de la universidad: educados, con doctorado, vea... ¡agarrados!

—¡Ah! Pero es que acá van a salir molestos y se van a dar cuenta que es todo un negocio, que el partido está arreglado. Eso es pura mafia, el partido está arreglado, ya va a ver, eso ganan los mismos. Los mismos con las mismas.

—Pero ¡y otra vez usted, Mario! Hoy si amaneció ¿no? —dijo Alejandro llegando al cuarto—. También hay mafias de contratación, de drogas, de pañales, de cuadernos, de togas y de tantas otras vainas. Corruptos son los jueces del fútbol y los de la corte, que estudian Ética y se hacen llamar «doctor», ¡ay de que no! Corruptos también son los policías, los empresarios. No sea así Mario, piénselo bien, vea que el problema es la corrupción, no el fútbol; el problema son los que tienen plata para corromper, los que por necesidades se corrompen.

Llegando a la habitación, se agachó Mario para buscar sus zapatos, levantó la colcha de su cama, miró por debajo y pensó estirando la mano:

—¿Y qué me dice de esos contratos y de esos jugadores? Millones de millones, generan inflación y evaden impuestos ¡una cagada!, y los atiborran de publicidad y más que jugadores, más que deportistas, son máquinas de hacer plata.

—¡Pero eso les pasa a todos! ¿Qué me dice la cantante promocionando cremas? ¿Del actor hablando de tarros con las hierbas adelgazantes esas, y qué? ¡Nada que ver! Y la modelo en los cuadernos, todos caros, como si estudiara la portada. Y, además, venga, diga: si a usted le dieran toda esa plata ¿qué? —insistió.

—Ole —pensó Mario— ¿y si nos quedamos y lo vemos por televisión? Es que va a llover y después para regresar... ¿Por qué no lo vemos por tele? Eso sí, en silencio, es que empiezan esos periodistas con su griterío y hablan horrible, y esas preguntas ¿si ha pillado? ¡Descuidan el lenguaje y preguntas unas vainas! Y transmiten todo: Real-Barcelona y luego pasan a Equidad-Envidado. Con todo respeto, pero estamos sobre informados. Uno ya ni extraña el fútbol. Por más que a uno le guste a veces queda hasta cansado.

—Perdón, doctor, ¡cómo le digo! Sin duda que a veces algunos no se exigen y preguntan pendejadas, hablan mal, lo que quiera, pero ¿cuánto tiempo tienen en la tele para preguntar?, no olvide eso. Ese es su problema, tan intelectual que se pretende y no puede ponerse en el lugar del otro; es el ser o por qué mejor el ser y no la nada ¿no le parece?

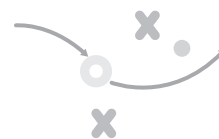
—No, pero ¡tampoco! Es que algunos abusan—, dijo Mario con cara afligida mientras se terminaba de poner los zapatos.

—Sí, eso sí, —asintió Alejandro, pero remontó en su empeño— ¡Vamos que estamos a diez minutos del estadio! Además, vea cuántos intelectuales, intelectuales de verdad —¡no como uno!—, ellos tan importantes y se permiten esas emociones

simples: Cortázar y Hemingway en el boxeo y Tolkien al tenis; Alberti escribió un par de poemas sobre el fútbol que tanto querían Camus y Nabokov ...

—... Y Derrida creo era buen delantero —siguió Mario—. Pero si quiere hacemos la lista de los que odiaban el fútbol y el deporte ... Borges, que escribió un cuento sobre fútbol, también Gabo y Mutis, por ejemplo, y si quiere hacemos la lista de los políticos que manipulan con eso.

—Sí, Mario, pero yo estoy lejos de ellos y no se trata de hacer listas, que de eso hay mucho y no se llega a ningún lado. Solo pregunto: ¿es que qué, no tenemos derecho a las trivialidades? —pensó Mario Alejandro—. Será aplazar la autocritica y por ahora vamos ¡qué carajos!



## M A N D A R A L I N F I E R N O A L D I A B L O

Como una clara evidencia de lo que en el país estaba pasando, el dinero caliente todo lo había tocado. Al principio solo silencio, muchos se quedaron callados, pero todos sabían lo que estaba pasando. También el diablo había jugado con candela y tras años de gloria ahora estaba asediado, dos o tres años con crisis de resultados lo llevaron a un lugar muy apretado. El partido definitivo los enfrentaba a un rival proveniente de la heroica tierra de Boyacá, un adversario nuevo con nombre de héroes del pasado.

El Tigre, como se le llamó a Jairo Castillo, era el encargado. El Tigre ya había sido campeón en los años de gloria y había retornado como viejo reclutado. Un gana-gana ese contrato: él, vieja gloria del pasado, ya en los años de ocaso, el club, con urgencia, se apoyaría de un hombre de experiencia, gambeta larga, gambeta corta y un tanto indisciplinado. El Tigre, que ya había marcado durante el partido, era el encargado. La serie estaba igualada y por esas cosas del fútbol, quedaba solo un lanzamiento para cada bando. El Tigre se para, toma impulso, da tres pasos: el primero con clase, el segundo un poco sobrado, con el tercero pateo, borde interno y abajo ... El portero vuela allí mismo ... No alcanza y sin embargo ¡pum! un eco terrible suena que aturde el estadio, el balón pegó en la base del palo. La diosa fortuna, la caprichosa mujer por la que Hamlet pregunta, vio al Tigre como a un gato. Es curioso ver cómo se queda solo Jairo, ya no el Tigre, sino Jairo, el hombre que se ve acongojado y descarnado se tapa el rostro con dolor y con vergüenza. El hombre, él, sólo, allí, se le nota atormentado.



[CLICK PARA VIDEO](#)

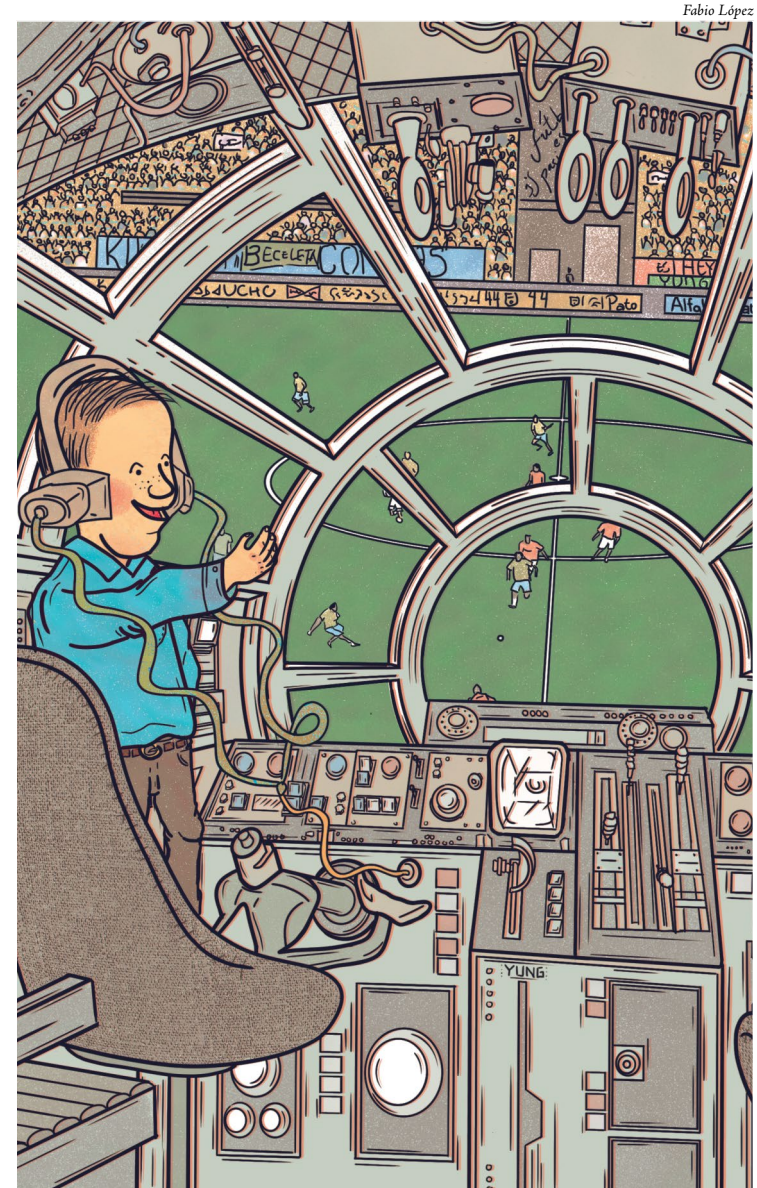




Sigue el cobro de Patriotas, patear el portero. Recuerdo bien su nombre, Carlos Chávez, reconocido hinchazo americano. Había cumplido su sueño de ser profesional del fútbol por el club de sus amores, y ahora estaba allí sólo, a cuatro pasos de mandar al infierno al diablo. Como metáfora de la vida, el fútbol es muy raro, el diccionario de americanismos (¡qué culpa, se llama así ese diccionario!) define al «verraco» como valiente y audaz, persona extraordinaria y magnífica. También como persona enojada o disgustada. El primero era el portero de Patriotas, un verraco. Corrió los cuatro pasos de manera valiente y audaz, la aseguro, le pego duro arriba, cómo le habían enseñado en el cuadro americano, ese que cuando el balón entró empujó a la B al equipo de los diablos.

Ahora Carlos Chávez, ya no el portero, el profesional verraco, él, Carlos, el hombre, está allí, solo, se le nota atormentado. Estaba verraco o enfadado, la juguetona fortuna lo había puesto en tan curiosa circunstancia: acaba de mandar al infierno al diablo.

## UN GOL DESDE LA CABINA DE RADIO



Fabio López



[CLICK PARA VIDEO](#)



## I

El reloj despiadado marca el paso del tiempo mientras, a su lado, un bombillo rojo que parece una sirena de ambulancia señala la emisión de las ondas sonoras que llamamos radio. La cabina de radio es una habitación de olor neutro y mesa limpia, que tiene colgados en el techo unos pocos papeles para indicar que el aire acondicionado está funcionando.

También tiene a la derecha una estéril, plana y fría pantalla de tele gigante que muestra un antiguo gol del *Barça* mientras que, a la izquierda, hay otra pantalla también gigante, también plana y fría, que muestra la torre de Londres que se está quemando.

Abajo, frente al escritorio y en medio de estas dos pantallas, hay una tercera que muestra las sillas vacías y el escritorio; son estas las pantallas por donde pasan las imágenes de *real audio*. Hay una cuarta tele, más grande y más estéril, igual de plana y más fría, que muestra una imagen corporativa, es sobre ella por donde se va a transmitir el partido en radio. Un piso impecablemente alfombrado, un escritorio grande y ovalado. Pantallas planas y frías al norte, al sur, arriba y abajo. ¡Voilà! La cabina de radio.

Bien vista y desde atrás, la cabina de radio parece una nave espacial. Tiene un escritorio en forma de semicírculo con una ventana adelante, el enorme vidrio le da aspecto de panorámico del Halcón Milenario (*Star Wars*). El escritorio en semicírculo tiene varias sillas y en cada uno de los puestos hay un computador, unos audífonos y un micrófono por donde hablan los locutores y periodistas de la radio. Lo raro es que su trabajo es hablar, pero ellos dependen de los gestos y ademanes que se hacen todo el tiempo, como si fueran mimos. Lo raro es que su trabajo es hablar, pero lo más importante para ellos es escuchar.

## II

Las pesadas puertas de seguridad se abren y traen a la memoria tanto periodista asesinado. Unos pocos segundos después ingresa caminando sin prisa don Antonio, un señor importante y conocido, que obediente porta su carné corporativo; responsable y puntual se acomoda en la silla en la que se supone viene a trabajar, pero cuando la puerta se cierra acomoda sus tenis ligeramente sucios e igual de azules a su *jean* y saco, se acomoda los audífonos, hace un gesto al operador, giñe el ojo a sus colegas de cabina y en un acto mágico que ocurre justo cuando se pone los auriculares y frente al rojo intenso del reloj, don Antonio dejó de ser don Antonio, ya ni siquiera es Antonio, se acomoda como cuando era Toño o Toñito, hace giros en su silla como cuando cenaba con su padre que lo llenó de frases y refranes, o como cuando hacía recortes de periódico en la silla y ponía las figuras (un 4-4-2 clásico) para jugar a narrar un partido en radio.

Esa es la verdadera magia de la radio –me contó Toño un día charlando–, hecho niño pudo asumir la responsabilidad de imaginar, algo tan grande que por supuesto ya no cabe en la cabeza de un adulto contemporáneo. Imaginar es algo escaso en la gente adulta y seria, algo que resulta imposible en un mundo donde «una imagen vale más que mil palabras». Por eso Toño, el niño de jean, carné y saco, sale con relatos fantásticos en búsqueda del niño que hay con aspecto de adulto contemporáneo al otro lado de la radio. Evolucionados en niños de quinto de primaria inician la transmisión de radio todo los del combo de Toño: Anny, Guille, Nico y Caro.

Tan pronto como se ponen los audífonos, el micrófono se vuelve un vaso plástico que tiene atado un hilo largo y dilatado. En cualquier parte del mundo hay un hombre solo y sentado, un chico estudiando, un gordo calvo está manejando, un flaco lavando el carro, un doctor en odontología, dos amigas

tomando. Y ese es el trabajo absurdo y mágico de los que están en radio: vivir de palabras y fantasías en el mundo del *reality show* y del café descafeinado.

Ni crea que eso es lagaña de mico, que se hace fácil o que eso es «botao», que eso es «no más charlando». Eso tiene su ciencia, uno no se da cuenta porque está del otro lado, pero esa ventana al universo que llamamos radio es un mundo lindo y complicado. Primero, hay que entender todos los gestos que se hacen en la mesa mientras que, por el auricular interno, el productor está hablando. Mientras tanto se narran los hechos que, por ejemplo, pueden ser de un partido bien pero bien malo ¡y haga eso entretenido! Eso es función del locutor por radio.

Y si en un partido de fútbol se van a los puños, el locutor de fútbol deja de serlo y tiene que narrar a los que están peleando, y empiece a narrar el «uppercut» con la derecha o el gancho izquierdo y que vea que lo noquearon. No crea, ¡eso es bravo! Y usted los ve que estudian, anotan cosas, las estadísticas, el libreto. También se emocionan y siguen narrando. Y el otro contenga la emoción del grito porque el compañero está hablando.

Y luego viene el problema del estilo, otro chapuzón complicado. Están los serios, los alborotados, los que quieren ser objetivos, los racionales, los organizados, los mecánicos ... También en la cabina se ven los joviales, los sencillos, los que por fregar y llevar la contraria a los genios dicen de manera compleja lo que es campechano. Y no crea ¡hacen magia, los vergajos! Por ejemplo, en el entretiempo uno escuchando piensa que todos están charlando ¿qué cómo vio el partido? ¿que quién y por qué va ganando? Uno los escucha en rigurosa y amigable charla, pero es por la magia de la radio. El uno comenta y corra pal baño. El otro regresa de su turno (eso sí muy callado y ordenado) opina y se sirve un tinto ... ¡voila! Los 15 minutos pasaron.

Arranca el segundo tiempo, lleno de imágenes en el televisor de la izquierda, en el de la derecha, en el del frente y en el de abajo. Como a los ocho o diez minutos Toño cierra los ojos, aprieta las manos, lo abraza su compadre que está también emocionado y con un gesto extraño –como atornillado– emite ondas sonoras que se propagan por el hilo del vaso de plástico y parece que solo narra los hechos que ocurren, y sería un simple hecho entre otros tantos de no ser por el extraño seguimiento de lo inmediato.

Con sus palabras Toño crea un mundo, deja de ser un locutor y se vuelve un demiurgo o un mago –según el estilo– y adjetivando el hecho lo hace más oscuro o más claro, dejándose llevar por las palabras que se le viene a la boca sudorosa, grita alegrías y enfados.

Así, en cualquier parte del mundo, un hombre ya no se siente solo y ya no está sentado; el chico ya no está estudiando; ahora furioso, el gordo sigue calvo y manejando el carro; el flaco detiene su cepillo y escucha mientras sigue mirando el carro; el odontólogo verraco; las chicas continúan brindando ¡Qué increíble es ver viva la imaginación y cantar un gol por radio!



## L A P R Ó X I M A T E M P O R A D A



«El sol no se ha puesto por última vez».

TITO LIVIO

*A María Inés, mi sabia abuela*

—En efecto, Elías y Eduardo, la algarabía es total en la parte baja del estadio. Los hinchas no paran de cantar, los papeles inundan la pista atlética desde que se acabó el partido y tenemos un nuevo campeón, vamos a tratar de escuchar las declaraciones de Gómez el hombre que abrió el paso a este nuevo campeonato, escuchemos.

—.... Sí, sí, una oportunidad histórica y un sentimiento muy bonito. Queríamos hacer las cosas bien y creo que salimos justos ganadores de este campeonato ¡gloria Dios!, porque desde el principio teníamos muchas ganas y se nos dieron las cosas ...

—¿Qué les dijo el técnico en el descanso?

—Nada, nada... Que estos partidos los ganan los que cometen menos errores y ... y que teníamos que salir a darle vuelta, sabíamos que teníamos enfrente un gran equipo, pero ¡gloria Dios! seguimos las instrucciones del profe y, ahora, a celebrar con los nuestros.

—La última pregunta, Gómez: ¿en quién va a pensar cuando levante la copa? ¿a quién se lo dedica?

—Bueno, en todos los que me apoyaron hasta acá: mi esposa ... mis hijos, a mis abuelos que están allá arriba y a toda esta gente que nos siguió.



[CLICK PARA VIDEO](#)



—Gracias y ¡a celebrar!

—Gracias a ti.

—Y ahora vamos con la otra cara, la del fracaso. El equipo que sufrió el descalabro, la derrota, el revés de la gloria, un equipo que llegó como el mejor a la final y se desajustó en el último partido. ¿Qué pasó de ganar a perder en pocos minutos y qué tiene este hombre, Edemilson Mosquera, la figura que pasó de héroe a villano? Díganos ... ¿cómo se explica el resultado? ... Venían a ganar y estaban jugando bien.

—Sí, no, ... No sé ... Fue un partido duro.

—Un partido duro ¿no? Se perdió el partido, difícil rival ¿no?

—Sí, un partido duro y un gran contrario.

—El primer tiempo fue una cosa: se ganaba 1 a 0, se manejaba el partido. Y el segundo fue otra: les empataron, los pasaron y luego vino la goleada ... ¿Ellos parecen justos ganadores? ¿Y duele esta derrota?

—Sí, duele, duele más porque era una final

—¿Cómo se explica que hayan perdido con un marcador tan abultado en contra?

—Nos desconcentramos.

—Una última y no lo molesto, Mosquera. Sé que usted es un jugador de pocas palabras y sabemos lo que debe estar sintiendo con la derrota: ¿Qué queda ahora? ¿Queda pensar en la próxima temporada? ¿Hay que mejorar para la otra temporada?

Entonces Mosquera le arrancó el micrófono al periodista, miró con furia a la cámara y dijo:

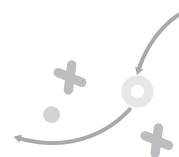




—¿Y si no soñamos con el mañana? ¿Cómo aguantamos el hoy cuando es malo?

Le pasó el micrófono al profesional de la información y se marchó dejando al periodista nervioso y confundido, que solo pudo decir:

—Elías y Eduardo, mejor sigamos sin estudio.



## EL DEBUT DE MI SOBRINO

*«El perdón es una isla cuando naufragamos en el mar del presente».*

H. ARENDT

*A David, a su generación*

David no había visto nunca a Colombia en un mundial. Solo tenía breves recuerdos del anterior, en el que celebró todos los goles, y hacia bien en ello; es que instintivamente los niños saben que no se hace de un partido, de un club, de un clan, sino de una emoción. Todo lo otro son ataduras. Así, en el mundial de Sudáfrica, con seis años, se levantaba temprano por gusto propio y sin queja alguna para ver con regocijo tanto colorido y bullicio. Estaba llenando el típico álbum de ocasión y miraba las banderas de los países, sus nombres en distintos idiomas y sin saberlo, poco a poco, entendía que las diferencias en el mundo lo llenan de colores. Era el debut de mi sobrino. David no había vivido en sus pocos años una fiesta en la que los niños de razas, géneros, idiomas, países y nombres distintos lo incluyeran.

Sus escasos recuerdos no podían llegar a los fracasos de los noventa, una década de escándalos de narcos, de señoritas en las concentraciones, de riñas, de haber ganado poco, de transformar alguna escasa victoria en derrotas enormes, nadie sabía de la petulancia después del 5-0, el autogol de Andrés Escobar, el increíble anti-record del 0-9 para los olímpicos, todo acorde a la época de muerte y secuestros masivos, de más negociaciones de paz frustradas y otros tantos dolores. David no lo sabía aun porque solo hasta ahora, después de 16 años, Colombia regresaba a un Mundial.



[CLICK PARA VIDEO](#)



Recuerdo que me miró con asombro cuando salimos a la calle a ver el partido en un lugar especial. No había visto una fiesta así, tanto colombiano pensando en que a otro le fuera bien le parecía extraño, hacia cara de ver algo insólito con tanta gente hablando y decir «nosotros» en forma plácida y positiva, eso era una expresión rara. David no vio antes tantas camisetas y banderas ondeándose, sin que la politiquería de turno movilizara gente a cambio de tamales y lechona.

El partido lo jugaba una Colombia joven y jovial, con ganas de sobresalir; desde el himno se sintió que de a poco se alejaban tantos y tantos motivos de vergüenza, la gente se sentía orgullosa, los jugadores cantaron el himno, no como en Francia, con miedo, mirando abajo. No, esta vez, esta nueva generación miraba hacia arriba y cantaba orgullosa, con esperanza, con ganas de hacer las cosas bien, *ad portas* de unas elecciones presidenciales se sentía un ambiente de querer hacer bien las cosas.

Así también inició y terminó el encuentro. Un partido es eso, un encuentro con otro y así debe terminar. Colombia no enamoró, pero ganó de forma solvente; los tres goles –Armero, Teo, James– hacían que la ausencia de Falcao no pesara tanto. Por su parte, como en su política, Grecia se veía maniatada y falta de recursos, apenas se defendía.

Después de la pequeña fiesta de los muchachos en la cancha, Colombia salió a celebrar como país joven que es: 200 años para un país nacido entre penas. Cuando uno es joven no sabe disfrutar la embriaguez y se pasa pronto a la borrachera.

De regreso a casa el aturdimiento y temor del niño era grande. No dijo nada, supongo por pena, pero sé que entendió que no sabemos celebrar, que nuestra peor forma de perder es no poder celebrar un triunfo. La resaca de la fiesta fue intensa, solo en Bogotá más de 3.000 riñas, 15 heridos, nueve muertos

y hasta hubo un par de borrachos que intentaron robarse el carro de bomberos.

Si Maturana en vez de decir que «perder es ganar un poco» hubiera citado al general de Gabo y hubiera dicho que «la vida le había dado ya motivos bastantes para saber que ninguna derrota era la última»; si Maturana hubiera citado a Napoleón o a Saramago, si –como un académico– hubiese citado a un descrestante francés contemporáneo, entonces el país no se le habría burlado. Habrían dicho que Maturana sabía lo que hacía, ¡que es un hombre culto! ¡Un sabio! que había citado a Gabo, a Napoleón, a Saramago o a un francés contemporáneo. Pero pasó que Maturana habló con sabiduría popular, con un dicho de abuelo, quizá lo dijo torpemente, en mal momento, pero no dijo nada falso.

El niño me miro con extrañeza, me apretó la mano ¿acaso no habíamos ganado? Un mundial antes, mirando el mapa de África lleno de países tan cuadraditos, le conté a mi sobrino por qué este continente se veía así. Ese día escuchó por primera vez el nombre de Mandela, comentamos que Italia parece una bota y que Colombia parece una cruz.



Se aprieta la garganta, el pecho sufre un calor intenso y se encoje. Es el fuego que lo habita. Ese mismo fuego debilita las piernas, sube y baja. Quiebra los lagrimales de los más insensibles. Es el atronador paso por el cuerpo de la diosa victoria, hoy reducida, tristemente, a nombre de una firma reconocida.

Niké es una diosa compañera de Atenea, diosa de la guerra y de la cultura, de la estrategia, de la habilidad y la justicia. Niké entonces no acompaña cualquier victoria: ella está con las victorias hábiles, justas y estratégicas. Al principio vivió con los humanos, pero la maldad de estos hizo que la diosa regresará a la casa del Olimpo. Por eso los humanos la conocen, la recuerdan y, sobre todo, la desean. Niké tiene los ojos descubiertos mirando desde la casa de los dioses hacia la tierra.

Los «*campiones*», como se dice en latín, son aquellos que luchan sin ardid, con justicia y con inteligente estrategia. El campeón, además, no lucha solo ni por sí mismo, sino junto con otros y, entre todos ellos, entre todos los que dedicándose al mismo campo sobresalían por su justicia, inteligencia y habilidad, a ellos se les llamó «campeones». Ellos disfrutarán de ese vino de la victoria que tiene nombre de comarca francesa, esa bebida sagrada que viene del campo: Champaña.

El campeón no celebra su victoria sobre el otro. Un campeón, antes de serlo, fue mil veces derrotado y, por ello, como inteligente y justo que es, no celebra la victoria sobre otro. Celebra una victoria difícil ante sí mismo.

Por eso, amigo lector, si acaso recuerdas algo como aquello de lo que ahora hablo, sabrás que en el momento en el que el silbato suena y avisa el fin del encuentro, también avisa en los

cielos que llegó un nuevo campeón, entonces el campeón se encoje, se hinca en el suelo y abre los brazos al cielo.

Se hinca en el suelo porque algo lo hala, lo tironea: su pasado, todo lo que ocurrió para que llegara el llamado de los cielos, las horas de entrenamiento, el agotamiento, el amigo muerto, la ansiedad que vivió el cuerpo desde que era niño, los golpes que dejaron cicatriz, el esfuerzo de los padres por pagar los zapatos del colegio rotos por un gol anulado; el suelo hala hacia el pasado, en dirección a las charlas en la tienda, la quemada del sol, los picados de barrio, los partidos en soledad con jugadas perfectas que ocurrían en la mente mientras se espera el bus y que no salió el domingo; el pasado hala hacia el penal fallido, a la expulsión injusta, el sábado perdido, el morado del lunes, hala hacia el piso del pasado. Cambia el premio, no el deseo: ser campeón de barrio, de la localidad, del colegio, del país, del continente o del mundo entero y globalizado. El deseo desea, empuja hacia arriba, hacia donde el ahora campeón abre los brazos.

El organismo corre, salta, olvida hablar, todos gritan, ninguno pude explicar ese desorden que siente el pecho; nadie explica cómo es posible que después de una temporada, después de muchos minutos y carreras, al final del encuentro decisivo, cuando el cuerpo no podía más, ese silbido que comunica con el cielo renueva las fuerzas del cuerpo en la tierra. El arquero, el más alto corre como niño; el delantero, el más pequeño terminó arriba del arco; el D.T., el más maduro y sereno se quitó las gafas y está llorando. Alguien, que no se sabe quién es está debajo de ese tumulto de humanos y soporta el peso de todo un equipo que está abrazándolo. Un suplente da gracias al cielo y el utilero se toma la cabeza y no lo cree, todavía no lo cree.

El cuerpo del campeón es transformado: saca fuerza donde ya no había, olvida el habla, regresa a la infancia corriendo en avioncito. Es el regreso del avión que tomó a los 13, a los 15 años, cuando apenas era un joven que soñaba con ser lo



CLICK PARA VIDEO





que ahora es. Por eso, por todo eso y lo que se me escapa, el campeón abre los brazos.

Mientras tanto, en las tribunas, en las mesas de los que ven el partido en los bares, en las calles y en los parques, los que hace unos instantes eran desconocidos, se reconocen como iguales.

Y mientras tanto, más afuera, en el resto del mundo, el campeón abre sus brazos y cae al suelo. Sin saberlo lo hacen los alemanes recién unificados tras la caída del muro, celebran la unión del país alrededor de un penal. La España, que tantos tirones tiene por dentro desde hace tantos años, no se sintió quebrada en Sudáfrica. En el mundial del 86, en México, un niño argentino venido del humilde barrio levantaba la copa en honor a los 649 pibes asesinados que no volvieron a jugar a la pelota. Y hasta recuerdo el relato de un narrador, que llorando pide el teléfono del cielo para llamar a su padre y contarle que los sueños del difunto se estaban cumpliendo: él, el narrador, era el primer profesional en su familia y además había visto campeón al equipo que su padre había amado.

Todas estas emociones ocurren al mismo tiempo, todo en un único instante. Adornado por la oscuridad de la noche y las luces intensas de colores vivos, rojo, verde, azul y dorado, el cielo se viste de gala, el estadio tiembla, cóncavo como el vientre que a todos nos trajo. ¿Y después de esto, hay alguno que aún piensa que no siente nada?

Pero quédese tranquilo, amigo lector, todo termina con la vuelta olímpica, la foto a la eternidad para la memoria de los campeones que se hace camino en los relatos de los niños que hoy miran. Con la vuelta olímpica todo vuelve a empezar y al mismo tiempo todo ha terminado.

## P I C A R D Í A B R A S I L E R A O ¡ U N C A F Ú P O R F A V O R !

Fabio López



12

[CLICK PARA VIDEO](#)



12



«El modo de dar una vez en el clavo es dar cien veces en la herradura».

MIGUEL DE UNAMUNO

8:00 a.m., centro de Sao Pablo, justamente en la calle Libero Badaró, entre la Alcaldía y la Oficina de Seguridad Pública, a donde irían más tarde. Abrieron las puertas del viejo Café Martineli Midi, el viejo Joao y el pequeño Coragem (que significa esperanza) y que no sabía por qué en sus vacaciones, a sus simples ocho años, tenía que madrugar con el abuelo a hacer diligencias. ¿Madrugar? ¿En vacaciones? ¿Para hacer trámites con el abuelo en el centro? ¿No era eso justamente una forma de perder la esperanza en la humanidad? Todo eso se preguntó el pequeño mientras su abuelo lo llevaba de la mano a través de todo el pasillo frente a la vitrina de helados y postres que el niño no vio, y llegando a la silla del fondo a la izquierda el anciano dejó su maleta, el niño se subió a la silla y apoyado sobre las rodillas para llegar a la mesa, escuchó que el mesero preguntó:

—¿Qué toman, los señores? —y rio, mirando al niño.

—Un Cafú para mí—, dijo el hombre.

—¿Y usted caballero?—, preguntó el mesero, mirando al niño.

—Un helado—, respondió el pequeño, sin dudarlo.

—¡Un helado! —criticó el abuelo— ¿Un helado? ¡Ya estás grande y apenas son las ocho de la mañana!

—No me critiques, —respondió el pequeño, indignado porque su abuelo faltaba a la regla sagrada de los abuelos: alcahuetear a los nietos. No le alcanzaba con llevarlo al centro para hacer

trámites en vacaciones, sino que osaba criticar su solicitud, la misma que haría cualquiera a esa edad.

—Además —continuó—, tú ni siquiera sabes pedir un café.

En esos momentos llegó el mesero con el café, una copa de helado y un periódico viejo. El mesero dispuso todo, preguntó: ¿Se les ofrece algo más?

—Nada —respondió el niño—. El viejo asintió.

—Acá está tu «Cafú» —dijo el niño burlonamente.

—Acá está mi «Cafú» —repitió el canoso y preguntó: —¿Cómo andas por la vida sin saber qué es un Cafú? Pero no consiguió respuesta. El niño, con la boca untada y llena de helado encogió los hombros.

—En serio ¿no sabes?, —insistió el abuelo. Con la cuchara en la boca y menos helado en la copa, Coragem repitió su gesto.

El viejo levantó su taza, elevó el periódico y se dispuso a leer una nota. En el reverso del periódico Coragem pudo leer: «Hoy homenaje a Cafú» y continuó leyendo. Un par cucharadas después el pequeño acomodó sus rodillas y comentó:

—Sí lo sé.

—¿Qué?, —preguntó Joao.

—Cafú —dijo el niño—. Marco Evangelista Moraes. Se retira hoy y le hacen homenaje. Rompió muchos records —dijo lleno de confianza el pícaro—, el lateral derecho que llegaba a línea de fondo, un símbolo dentro y fuera del campo. Campeón con la Roma en 2001, de la *Champions* con el Milán. Con la selección —decía el pequeño con seguridad— jugó cuatro mundiales; en

tres llegó a la final, ganó dos; 148 partidos seleccionado, uno de los mejores laterales derechos de la historia—, terminó el pillo y probó una de sus últimas cucharas de helado de aquella copa.

El abuelo bajó el periódico. —Muy bien, —respondió. Y subió nuevamente el periódico mientras tomó otro sorbo.

—Y tú, ¿qué sabes de él? pregunto Coregem, sin saber que su abuelo, Joao Alemán, había sido el primer entrenador profesional de Cafú.

—No mucho, —respondió Joao Alemán.

—A ver, dime algo. Yo ya te dije algo.

El abuelo bajo el periódico, otro tomó sorbo de la taza y comentó: —Sé que le dicen así porque se parecía a otro viejo jugador de Fluminense.

El niño, riendo, preguntó: —¿Y por qué te gustó tanto? ¿Por sus avances? ¿Sus centros? ¿Su rapidez?

—No, —dijo en tono firme el abuelo—. Lo que más me gustó siempre de Cafú fue su persistencia.

—¿En la cancha? —pregunto el niño.

—No —dijo en tono firme Joao—. En la vida. A Cafú lo rechazaron cinco veces en Sao Pablo, dos en Botafogo, y otras tantas en Corinthians, Palmeiras, Portuguesa, Atlético Mineiro.

Con la boca abierta, el niño dejó caer la cuchara mientras el abuelo siguió hablando.

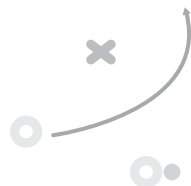
—Itaquaquecetuba, solo en ese equipo chico lo aceptaron. Y entró a jugar un amistoso contra el mismísimo Sao Pablo que

lo había rechazado. El partido era fácil para ellos y difícil para los otros. Sin embargo, Cafú a los quince minutos de juego tenía locos a los defensas del Sao Pablo que le agradecieron al técnico hacer pasar como nuevo integrante de su equipo a ese hombre que siempre iba hasta el final.

Coregem apenas si terminó su helado y se fue de la mano con el abuelo mientras leía el periódico. El abuelo se levantó, le guiñó el ojo al mesero, quien entendió que el pequeño había mordido el anzuelo.



## LOS AMANTES



Dennis Nicollas Maria Bergkamp toma un balón que robo Vieira. Abre a ese gran lateral que era Pires y Bergkamp corre unos 20 ... 22 metros. Corre, pero no a toda velocidad, solo corre. Luego, como si el instinto le avisara que la gloria y el recuerdo eterno están al otro lado, levanta la mano, no pide el balón, pide la oportunidad de hacer el gol de su vida. Entonces se abalanza –¿me entiende?–, arremete como una bestia salvaje. La pelota llega sucia, como mordida, rebotando raro. Él está de espalda al arco justo en toda la mitad del área y atrás tiene alguno que lo marca, y exactamente en el momento en que toca el balón, cual danzarín, Bergkamp abre los brazos y se quita la marca con una figura rara, inestable. Al estar así, apoyado en una sola pierna y con los brazos extendidos, recibe la secreta amada.

Bergkamp parece un danzarín, un osado atleta en la antigua Grecia, de los que esperaban al toro y cuando el toro los embestía se lanzaban de frente a él, saltando, se apoyaban en sus cuernos y hacían alguna figura: una voltereta, una cabriola, una pirueta. Un movimiento mágico que dura poco y sorprende, en un breve instante ¡pum!, la lógica se detiene y observa un movimiento absurdo y bello.

Ella, la pelota se va hacia la izquierda. Él, Dennies, gira hacia la derecha. El defensor del New Castell tarda en entender lo que ocurre. Bergkamp se había puesto una cita con la pelota a la espalda del defensor y, para disipar las sospechas, como amantes, el uno había salido, por un lado, el otro por el otro lado. Se encontraron de nuevo, dos metros delante del lugar del primer encuentro, un poco delante de sus perseguidores.

¡El grito del estadio!, ¡las manos en la boca de todos los que miraban! Bergkamp se despide con una sutil caricia del borde interno. Ella, después de la picardía, se marcha feliz y tranquila, limpia, ordenada. Retorna lenta y segura a su hogar, justo por el palo izquierdo. Los impunes amantes se separan.



[CLICK PARA VIDEO](#)



## NO TODO ES RESULTADO

Nelson Antonio Cruz Medina



CLICK PARA VIDEO



«La vida le había dado ya motivos bastantes  
para saber que ninguna derrota era la última».

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Al Axolotl de nombre Martín G.

Fercho se guardó el celular con algo de desilusión y terminó de comentar: —Es que ese año salió también la Britney Yurani Spears y su «... *baby one more time*...», y se reían los dos mientras Fercho tomaba otro sorbo y se acomodaba en la silla comentando: —¡Ve! ¡Qué piernas finas tenía la Britney Yurani! —dijo— ¡Cómo me gustaban, oís!

—A mí ese tema no me importa, vos sabes, pa' piernas delicadas el Cali del 99, —dijo Martín Guillermo con su extraña timidez— ¿te acordás? ¡Eso sí son piernas!

—¿Y cómo no?, —respondió Fercho dejando en la mesa la cerveza que, al igual que el café sin azúcar, había aprendido a saborear porque aprendió a disfrutar de lo amargo.

—Sí, justamente —papas a la boca—, eje año é' el de mi' emociones y é' gustos amargo.

—¿Qué? ¡Tragá que no te entendí!

—¡Que ese año es el de mis emociones y gustos amargos! —repitió—. Es que yo era un metro setenta de pura hormona, ¿me entendés? Llegaba a clase de levante ... y nada, a la fiesta ... nada de nada, como el Cali, ¿vistes?, pero igual lo gozaba.

Destornillándose de la risa, con esa risa incontrolable que parece un ataque al epicóndilo medial o hueso de la risa; esa risa descontrolada que resulta tan pegadiza, tirado atrás en la otra silla, acomodándose las gafas preguntó o intentó preguntar Martín:



—O sea que vos, o sea que vos ....

Y vuelta que le dio el calambre risorio y allá entre la risa dijo:

—Vos sos, como dice Vinasco: «puro toque y de aquello nada».

—Sí, pero a mí me gustaba, también eso es lindo —afirmó Fernando—. Vos, ponete a pensar, a mí en las fiestas me tocaba bailar con las feas, solo con las feas, como el Cali, ¿te acordás? River y Vélez para empezar.

—¡Que si me acuerdo! —respondió serio y casi verraco Martín.

Con su volátil estado se acomodó en el sofá con las piernas pegadas, moviendo la punta del pie al unísono con sus manos como en oración.

—Eso fue un paridero ¿oís? Ese sofá de la casa era nuevo y quedó hundido de tanta saltadora ¿vé? Sólo en esa ronda... Si con esa mano de zapato que nos dieron. Es que ese Vélez era bravo, un equipo jodido, roñoso.

—Y feo, —completó Fernando mirando el celular.

—Yo no sé vos por qué te acordás de ese equipo, mira que yo ... yo el Vélez de Chilavert, claro que me acuerdo, eso no lo olvido —siguió Martín—, los dos Domínguez, Eduardo y Federico ..., era el de Lucas Castromán ... ve, yo no sé si era Sorín o era Castromán, el que el papá era el Rector de la UBA ... y había un fulano Gonzalo ... Smith ... Smith ... Smithalter ... Ese no lo recuerda nadie ¡oís!

—Sí, vos y tu enciclopedia de la tontería y lo innecesario, —afirmó burlonamente Fernando—. Yo no me acuerdo de ese man. Del que sí me acuerdo es del turco Asad y de Darío Husáin ... ¿Ese no fue al que el pecoso Castro le jaló el pelo?

Pero Martín no respondió, se quedó pensando...

—¡Sí es que le tocó la fea al Cali del 99! Pero mirá que eso es bueno porque te saca casta, te saca piel de rinoceronte...

—¡Cómo me gustaba ese Cali! Lleno de gente de potrero, eso era lo que me gustaba, —dijo Martín—, a esos que les da lo mismo jugar en cancha de River o en Comfandi. Esos que entran con tumbao y tiran caño acá ... ocho allá y que andan con la camisa afuera y con desparpajo como cuando el coordinador de la escuela lo regañaba a uno por andar mal vestido ...

—¿Y quién le dice algo a Harley Betancourt? —preguntó Fercho mientras Martín seguía en su prosa sobre la lírica barrial.

— ... como la tocaba ... ¡Cómo me gusta ese fútbol, descomedido y de chiribitil! Que pisa el balón porque crecieron jugando en las calles estrechas y no hay por donde pasar, que se saca a uno, a dos, se gambetea el hueco de las canchas de la 70 en la Simón y la entrega. Ese fútbol que se juega rápido como cuando se juega en el salón, entre la clase de inglés y la de biología; el toque rápido y alegre ¡eso es lindo! ¡Eso es fútbol! Eso es como comer marranitas... como cuando el maduro está bien maduro que ya está blandito...

—¡Ah cosa buena esa! —exclamó saboreándose Martín— ¡una bandola! Y John Wilmar, la «pelusa» Pérez... es que alguien que se llame John Wilmar antes de saber caminar la sabe pisar y el día del bautizo ya sabe picar ese balón —dijo entre risas y se metió unas papas a la boca mientras acomodó el cojín— y e'ó hágale que atrás Bedoya cualquier cosa responde ... ese Bedoya que había llegado del Pereira y ya había madurado.

—¿Cómo no se va a jugar lindo adelante —siguió Martín en monólogo— si Dudamel y Yepes hacían ese equipo rocoso



atrás? Y ese Dudamel, ¡un monstruo, hermano! Es que vos no te alcanzás a imaginar: ¿cómo no se va a jugar lindo adelante, si se juega como adolescente en el SENA Salomia? Como en las canchas de Guabal, ¿te acordás? Y eso es dele con personalidad, con naturalidad, ser como es uno es, eso es ser exitoso ... lo otros es carreta, sumisión; y eso el Cali era toque acá, toque allá, una zamba, una milonga, una salsa, ¡eso eran todos los ritmos, oiga! Y dele y ¡pum y pam! Así fue el gol contra River: latigazo sin piedad ... No sé, como con resentimiento sublimado ¡vé! Arriba duro y al palo mijo pa' entro, sin opciones de nada. Pobre el mono Burgos, que era buen arquero.

—O como contra Peñarol, esa también me acuerdo —dijo Fercho—. Pasaron la bola de izquierda a derecha, Telembi Castillo ... Vé —interrumpió su narración el propio Fercho rascándose la rodilla y mirando el celular—, yo no sabía que había un río que se llamaba así; yo quizque ese era el nombre y pensaba: ese si tiene el nombre más raro de todos, pues.

—Vos sí que pasaste impune por el colegio, ¿no? —dijo Martín— ¿Cómo no vas a saber de Telembi en Nariño? ¡Con tanto jugador y tanta vaina que le dio Nariño a este país! ¡No jodás, hermano!

—Y qué ¡ah, sí! —continuó Fernando sin hacer caso del justo reclamo—. Telembi le pasó la bola a Mayer y Mayer la toca para un lado y su cachumbo pa'l otro ¿Te acordás ese cachumbo, vos? Y estaba de moda y todo ... hasta Jaime y el Manuel lo tenían, yo me alcanzo a acordar... y Telembi la agarra se va pal centro entre tres, se la pasa de la pierna izquierda a la derecha, la desliza suave y el defensa no entiende porque no baila salsa ni guabina. La bola le llega a Víctor Bonilla ¡qué bueno que era Bonilla! Un delantero ponzoñoso ¡Ese era otro monstruo! Y se acomoda para englobarla y... ¡pum! No fue gol, pero me acuerdo de eso.

—Vos si es que sos muy fracasado Fercho, —dice nuevamente con risa y sin vergüenza alguna Martín— ¿Qué te vas a acordar de eso? ¡Ponete serio!

—Es que, escuchame una cosa que eso me lo enseñaste vos, yo si disfruto mucho eso—. Y la risa de Martín que no para.

Y Fercho, contagiándose de la misma risa, dice: —Hablo de la gente iconoclasta, el garbo de barrizal, el que se ríe, el que no cree en otra cosa que el placer y de eso hace su estilo, que disfruta lo que se hace, ese fútbol de calle. Ese Cali jugaba así, con clase, clase de barrio, con desparpajo, con una alegría que te juega igual en las canchas de Guabal que en Uruguay la semifinal contra Cerro.

—¡Ummm! Yo me acuerdo de esa, hermano —Martín se levanta de la silla indómito— ¡Yo me acuerdo de esa! —gritó—. Viveros, que le rendía por la izquierda más que ir por cerveza en el entre tiempo, llega a la línea final y la tira atrás. Mayer la recibe, amaga que la va reventar de un taponazo bien bravo y se frena, el defensa... olee ¡siga papito! ... Mayer le hace la que uno le hace a los primos cuando llegan a la casa: los deja seguir y mando ese balón pa'entro. ¡No, es que ese Cali sí que me gustaba en serio! Y atrás Yepes, que ya pintaba lo monstruo y lo fino que iba a ser, y Bedoya corra y quite y pegue y corra y quite ... y Dudamel, un gigante.

—Vos te me burlas —dijo Fercho también poniéndose de pie—. Decís que así justifico que esa vieja nada que llama, pero en serio, que también recuerdo, y recuerdo lindo, lo que no se me da ... Ejemplo —y toma el último sorbo poniendo la lata en la mesa, pasa el trago y siguiendo los cánones de los amigos que hablan de fútbol, empieza a remedar la jugada que va a explicar—: pelota de lateral a Bonilla y puntiadita a la espalda de los defensas; Mayer llega a la esquina, de espalda al arco y por la derecha, enano y zurdo ¿qué hace Mayer? La pisa como

en el potrero, se le vienen los dos defensas y a lo terco, no sé cómo, pero pasa el enano entre los dos; Arce y Roque Junior nada más y nada menos, la centra y gol... Después, sí, se pierde por penales ... Cosas del fútbol, ¡qué le vas a hacer!

—¡Ah, ese es mucho verriondo! Ese Cali ¿no, Fercho? ¡La que me contás! Me dan ganas de graduarme de nostálgico; es que yo a ese Cali sí que lo vi jugar lindo y perder finales de Libertadores, pero jugando lindo. Acordáte que yo de niño vi a Zape parar el penal de Battaglia y vi al Cali de Redín y Valderrama; la final del Cali de Bilardo contra Boca en el 78.

—Es que, lo que te digo viejo Martín —comentó Fercho con tono medio solemne—, uno se acuerda también de lo bello, de lo alegre, uno habla de la jugada del viejo Willy ¡Cómo dejó regada gente, incluido Fillol! Uno no solo se acuerda del resultado. No todo es resultado. Vé, hablando de resultado: ¿te llamó la vieja aquella o te dejó plantado? ¿Te vas o te quedás y comemos un calentao de pasta y huevo?

—Andá calentando, —dijo Fercho enfático— porque te insisto, viejo Martín, que no todo es resultado.



## REDONDA COMO LA PECOSA

Hay una expresión que me encanta: «Es que en el fútbol no hay Verdades». Y es que creo que en el fútbol no hay Verdades, ¡creo que en nada de los asuntos humanos hay Verdades! Verdades, Verdades... de esas con mayúscula que se escriben en ecuaciones y que son iguales para todos, no creo. Verdades de esas Verdades, que no importa el momento, no importa el lugar y que son así y punto. Verdades así, en mayúscula y para todos ... De esas no veo muchas. Quizá la muerte. Esa es una Verdad para todos. Después tenemos la vida, es decir, las interpretaciones, las miradas, las discusiones. Después, tenemos ópticas, visiones, miradas, ángulos; unos más claros, más argumentados, más lo que quiera, pero no Verdades. Acaso tenemos cosas verosímiles, pero no Verdades.

Y así, cada uno ve la jugada de un modo, y claro, ve según su posición, ve también según sus intereses y por eso se discute: «Que fue mano», «que fue pecho», «que está adentro», «que está en fuera», «que fue gol», «que no fue», que esto y que lo otro. Cuando estamos con otros, y casi siempre lo estamos, estamos en disputa, y no hay verdades, solo interpretaciones.

Piense esto: las cosas de la vida humana dependen desde dónde uno las vea. Deje el balón en el suelo, párese de frente —desde su frente—, ahora mírelo, ¿qué ve? Unos rombos negros otros blancos y la marca. Pues yo veo unos rombos negros otros blancos, pero no veo la marca del balón, esa no la veo, y usted tendrá que persuadirme, enseñarme, porque desde donde yo miro no veo la marca. Porque en la vida, como en el fútbol, no hay Verdades y las cosas humanas, las emociones humanas, son así: redondas, como la pecosa.



[CLICK PARA VIDEO](#)



COMÍAN ARROZ  
CON HUEVO EN  
UN CIELO AZUL  
INUSITADO



A Antonio Donato Casalle

En una ciudad inusualmente azul, bajo un cielo azul y blanco, llegó de sorpresa Asunción Teresa Castro, viuda de 74 años, puso sus arrugadas y pecosas manos sobre el vidrio del bus de Millonarios. La anciana fanática miró intensamente al jugador Johnny Ramírez y le dijo: «Mijo, ganemos hoy que yo no doy pa'tanto».

Ese mismo 16 de diciembre, Raúl López hacía un trabajo extra para la navidad de los muchachos. Raúl es un hombre trabajador y honrado de 50 años, que ama a sus hijos y también a Millonarios. Por eso, cuando terminó de instalar las cortinas, le dijo a su contratante: «Veci, le dejo las cortinas instaladas, después me paga que es que ya me voy pa'l estadio».

Exactamente en ese mismo momento Tatiana García, de 30 años, elevó sus ojos claros al cielo y pidió por su salud y por su esposo, Luis Delgado. Mientras que Daniela Cassaleni reía de otro chiste flojo, habituales en su padre, y seguía cantando con la inocencia de casi todos a los 10 años, mientras cerraba las puertas del auto para ir al estadio.

Pasadas pocas horas bajo el mismo cielo azul inusitado, llegó la hora decisiva de los penaltis y la actuación estelar de Luis Delgado, quien tomó el balón y preguntó desde el arco: «¿A quién le toca?». ¡A vos, a vos! –le gritaron sus compañeros desde la mitad del campo.

En el centro de la cancha preguntó el central Pedro Franco: «¿A quién le toca?». Otálvaro piensa que a Cosme, pero Cosme no reacciona, tampoco Robayo, ¿quién cobra? Pregunta desde el arco nuevamente Delgado. En el banco preguntan: ¿Qué hace Lucho? ¿A dónde va Lucho? El arquero de Millonarios toma el balón y camina al punto blanco, rapado en homenaje a todas las valientes mujeres que, como su esposa Tatiana, luchan contra el cáncer. Se dice a sí mismo que no puede estar por debajo.

Raúl y sobre todo doña Teresa sabían que ya habían pasado tantas malas cosas en los últimos 24 o incluso 30 años. Los hinchas de Millonarios se habían acostumbrado a ser el más veces campeón a punta de recuerdos y guardando retazos, pero también Tatiana –que hacía fuerza en la tribuna occidental del estadio– sabía que el hincha de Millos tenía el hábito de tener la gran ilusión cerca y luego venía el error craso. Daniela, en cambio, nada sabía de esos años de tantos domingos oscuros y lunes grises, que para el hincha de Millos era raro un cielo así de claro; ella tenía muy reciente el recuerdo de la gran goleada en Madrid, un 8-0 en contra, que mostraba que los años dorados, como la juventud de Asunción Teresa Castro, habían pasado.

Y no solo estaban las pesadillas de afuera. En casa el relato no era claro, por eso, desde la tribuna norte, Raúl pensaba que el cuadrangular había empezado mal (perdiendo con Junior y Pasto), que clasificar terminó siendo una proeza a pesar de haber iniciado jugando bien y dominando el clásico y que, pese a quedar fuera de la Suramericana, se había perdido con honra ganando a Gremio y a Sao Pablo

La otra hincha de esta historia lloraba y apretaba la colcha azul de su cama. Y es que doña Teresa temía que justamente, porque había buenas cosas, es que entraba el miedo en Millonarios ¿Acaso vendría cerca la ilusión y luego el error craso? ¿Teresa estaba viendo a la coqueta ilusión vestida de azul tan solo para desnudarse negra y fría? Lejos, pensaba Teresa, estaba aquella



CLICK PARA VIDEO





tarde en la que vio junto con su marido hace ya 24 años aquella temporada del mítico gol a Higuera que marcó la Gambeta y que, para sorpresa de los que revisamos los diarios, no fue el gol de la jornada. Apretando la colcha azul de su cama recordó el momento en que Gregorio le tomó sus manos en ese entonces tersas y sin pecas para ponerle un anillo y pedirle, en la tribuna oriental, que después de estar juntos tantos y tantos años se casaran y que lo amara «como él amaba a Millonarios». Teresa lloraba desde su cama y recordaba a su marido e hijos que desde el accidente la dejaron sola haciéndole fuerza a Millonarios.

En la tribuna norte Raúl miraba al cielo y apretaba sus manos curtidas de trabajo, apretadas y sudorosas estaba rezando por Millonarios. Pensaba en el esfuerzo por conseguir la plata de la costosa boletería que siempre tiene Millonarios y que, aún en las peores temporadas, él había llegado cantando. Raúl pensaba en la camiseta de «pipiolo» que ya no guardaba el museo, en las épocas difíciles de un Millonarios que comía arroz con huevo, que Millos había sido saqueado y que, de no ser por el amor de jugadores como Óscar Cortez, Bonner o del Gato y todos los jugadores, no se habría improvisado una vaca para recolectar dinero y pagar a los utileros, secretarías y operarios. Raúl se acordaba también de aquel bazar en el que había conocido a Gregorio —ya finado—, hinchas de Millonarios, que le enseñó a ganarse la vida poniendo cortinas y que el día del famoso asado para recoger fondos había conocido a doña Asunción Teresa Castro, esposa de don Antonio y también hinchas de Millonarios. Recordaba el buen humor de la señora, el olor a carne de los asados, recordaba que ese día todos pudieron poner un poco, recogieron 182.300 pesos para la navidad de cada uno de los trabajadores de un club grande como es Los Millonarios.

Mientras tanto, Tatiana y Daniela, las nuevas hinchas de Millos tenían miedo cada una por su lado. Tatiana por su esposo, por la lesión de Ramos, mientras que Daniela pensaba en su padre que estaba en la cabina de radio trabajando. Sin

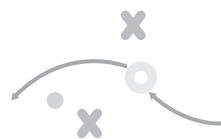
conocerse y pegadas la una a la otra prefirieron no mirar al campo, levantaron sus ojos y vieron el mismo cielo azul como el del equipo amado.

En la cancha se volteó entonces Lucho Delgado, giro el balón en sus manos y no volvió a mirar atrás. ¿A qué mirar atrás si tenía enfrente el cielo azul intenso y extraordinario? Manos en jarra, absolutamente concentrado, ya había decidido el palo, pero Leandro Castellanos se arroja al mismo ángulo ... ¡horror! ¿Otra vez la ilusión azul y el desasosiego inmediato? De repente Delgado abre el pie y en medio de la carrera cambia de palo. ¡Gol! al centro del arco.

Después del cobro de Delgado es la hora del último penal, llega el número 31 del Medellín, Correa, de 19 años. Cinco años habían pasado desde el último Millos campeón, el día que nació el muchacho. Delgado, saltando en el arco y un poco inclinado, ve el balón a media altura y ya arrojado alcanzó a poner las manos

Eso fue lo último que vieron los ojos de Teresa, que por la mañana al mismísimo Johnny Ramírez había dejado intimidado. Los ojos de Teresa se habían ido con el Búfalo Funes, con su marido, con sus hijos y dos de sus hermanos. Raúl los abría enormes desde la tribuna norte y sentía que valió todo lo que había esperado. Hoy —me cuenta— todavía mira en el cielo la estrella 14 cada vez que pone una cortina, piensa en Don Gregorio y en doña Teresa. Tatiana, mirando al cielo y más viva que nunca, se sentía orgullosa de su esposo, mientras Daniela entendió algo que nunca había entendido en su padre, un cariño por el que tantas tardes de domingo la había dejado sin jugar en el parque. Las vuvuzelas, como el estruendo de abejas africanas sonaban en el Campín. Delgado atajó y, después de 24 años de lunes tristes, de comer arroz con huevo, de buscar plata en asados, hubo nuevamente miel y vino para Los Millonarios.

## EL GOL DE RINCÓN



*«El individuo aislado nunca es libre, solo puede serlo cuando pisa  
y actúa entre otros».*

H. ARENDT

*A mi padre José*

—Sé que es una banalidad, sé que es una reducción, pero siento que se puede comentar así, —me dije, preparando la tutoría para los estudiantes que también son aficionados.

¿Ustedes recuerdan ese gol de Rincón contra Alemania en el noventa? Lo recuerdo muy bien. Aunque tenía seis años, yo lo recuerdo muy bien. En casa todos veíamos la transmisión famosa de William Vinasco Ch. Todos allí, quietos, en vilo, minuto 43 ... Gol de Alemania.

Yo, tan visceral, reñido con el destino, como se riñe uno con el destino a los seis años, me salí del cuarto primero, de la casa después, sin que lo percataran ni mis padres ni mi hermano, quería pasar la página. Tenía bronca, incluso ganas de llorar, buscaba a mi amigo Javier para iniciar un nuevo evento futbolero, donde las cosas dependieran de mí, quería otra oportunidad. De repente escuché un grito: «¡Gooool!». Sin duda, era gol de Colombia. Quise regresar a casa, parado sobre el medidor de gas para poder tocar el timbre. Toqué la puerta desesperado y daba gritos frente a la puerta color madera. Escuché alborotados celebradores de un gol histórico que me había perdido. —Sí —me dije—, gol de Colombia. Aprovechando la impunidad de una calle desolada, mandé uno de mis primeros putazos.

Pasaron varios años —dos mundiales para ser exactos—, antes de poder ver nuevamente ese gol. Lo vi en un video de VHS que salía con unas papas, esas cosas que siempre salen en los mundiales. Pasaron tres mundiales más, me salió barba, leí muchas páginas, fui a muchas clases, a tantas conversaciones, fumé muchos cigarrillos, dejé el cigarrillo, tomé varios vinos, muchos vinos, kilos de café, eso no los dejé; en fin, pasaron muchos segundos, muchas horas, días, semanas, meses, años, tratando de entender esto que ahora se me viene de manera tan espontánea y que intentaré comentar, como quien intenta una pirueta.

Es una maniobra casera, rudimentaria, artesanal, la hago ahora, acá, en privado, muchos años después y sin pretensiones de nada. Acabo de ver el gol nuevamente, tanto y tanto después, ahora en mi casa. En el edificio hay silencio, muchos duermen; arriba está la tele, abajo el ruido del amor se escapa en un constante ritmo que escucho y no me incomoda. Mi perro duerme tras abandonar el intento fallido de sacar una golosina que dejó dentro de su pelota y ahora, solo ahora, cuatro mundiales después, tantas guerras después, tantos secuestros después, tantos goles y tantas copas ¡sólo ahora se me ocurre esto! Es una metáfora simple para entender algo complejo, es una metáfora, nada más que esto, pero quizá sirve: ¡El gol de Rincón!, el gol de Rincón en el 90 es una metáfora. Así lo voy a decir, como ejemplo —me dije— preparando la charla de café que los muchachos habían solicitado.

Rincón aprieta la marca del hombre que dos minutos atrás marcó el gol. Rincón se ensucia, se tira al piso. Se pasan penas, hay necesidad. Acá no hay nada distinto a la urgencia, el balón está cerca al área de Colombia que pierde, con su marca el alemán pierde el balón, fíjense la narración —les diré— es rápida pero serena. El esfuerzo de Rincón, allá en el área de Colombia hace que el balón le quede a Leonel, prácticamente en todo el ángulo del área propia. Apuntando, si no estoy mal, a todo



[CLICK PARA VIDEO](#)



el occidente del Giuseppe Meazza, por la avenida Patroclo, si mi memoria no me engaña, el estadio en el Barrio San Siro en Milán. El balón que recupera definitivamente Leonel le llega al «Bendito» Fajardo. Ya estamos a tres cuartos de cancha, aun en cancha propia, pero más lejos de la necesidad, distantes de las penas y del arco que se defiende.

Minuto 47, pasaron ya los dos minutos de adición, el balón pasa de la media cancha, ágil, muy ágil, cambia también el ritmo de la narración. El «Bendito» Fajardo para el «Pibe» y ahora, ya en la otra media cancha, justo allí donde terminan las penas propias, empieza la libertad. El balón toma un color creativo, se pasó de la oscuridad del área propia, del gris de los tres cuartos, a los colores del área de acción propia, es el momento de la inventiva: el «Pibe» se junta con otros, se une con sus iguales, que llama compañeros, y es que las jugadas (como las libertades políticas) se hacen con otros iguales a uno. Se desencadenan acciones, uno no hace lo que se le da la gana – les diré–; por ejemplo, no se toma el balón con la mano ¡claro!, sino que hay reglas, y dentro de esas reglas, jugamos junto con otros, se desencadenan acciones sobre un acordado.

El «Pibe» para Rincón, que ya había pasado la mitad de la cancha donde inició la acción; el Pibe a Rincón, un negro guapo, negro valiente, tataranieto de esclavos, se levantó para seguir la acción, para acompañar a los otros, a sus compañeros, a sus iguales; el negro, junto con el rubio, corre toda la cancha donde Bob Marley cantó *Bufalo Soldier* en el verano del 80; el negro Fredy Rincón corre mientras el Pibe se la entrega a Fajardo, este al Pibe y el Pibe hace un pase al vacío ... El balón al vacío, allá, en el espacio que, por no estar ocupado por nadie, es el espacio de todos.

Rincón corre, sigue la jugada, la conduce hasta el final. Rincón recibe, entrando al área del costado norte de San Ciro, al otro extremo de donde todo había iniciado; es hora

de su determinación, sus compañeros se la jugaron por él, están pendientes, observan. Sus contrarios están pendientes, observan. Los espectadores están pendientes, observan.

¿Qué hará?: ¿la engloba?, ¿le pega duro?, ¿intentará amagar?, ¿driblar al arquero después de haber corrido de área a área en el minuto 92?, ¿cómo actuará Fredy?, ¿cómo va a terminar la acción él, que inició en el campo de las necesidades, en el arco propio, él que trasformó las necesidades en oportunidades con sus otros iguales? ¿Qué hace Rincón?: reflexiona y actúa, desliza por entre las piernas del arquero suavemente y con cariño ese balón que se trata a las patadas.

«Sí, gol, goool» –grito duro despertando al perro– «Peludo, es que acabo de encontrar un modo tentador de ilustrar algo». El perro me mira con la indignación típica con la que miran los perros cuando los despiertan de un bonito sueño. ¿Sí han visto?



## EL EXPRESO AL INFINITO

Laura Angélica Mendoza



[CLICK PARA VIDEO](#)



*«¿Qué es la vida? Un frenesí. ¿Qué es la vida? Una ilusión, una sombra, una ficción; y el mayor bien es pequeño; que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son».*

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

*¿Y si soñaras?, ¿y si soñaras que tienes una bella flor?,  
¿y si despertaras y la flor estuviera en tus manos?*

A Caro

Agotado de asistir a los festejos conmemorativos de la Toma de la Bastilla, el 14 de julio de 2012, nuestro pobre protagonista se acomodaba para presenciar uno de los dos momentos más esperados de su vida: ver a Independiente Santa Fe campeón, justo unas pocas horas antes de ese otro de los momentos más esperados de su vida –la disertación de su tesis doctoral–, ambas cosas que la vida quiso que ocurriera en París el lunes 16 de julio del 2012, fecha en la que horas nocturnas de Colombia habría de ocurrir lo primero, el mítico campeonato que tanto había esperado hasta sus 27 años de vida.

¿Por qué tenía que ser así? ¿Cuántos hinchas de Independiente Santa Fe podrían estar en París ese día y celebrar? La pregunta carece de sentido y no insistió en ella, porque desde su infancia se acostumbró a ser el único hincha cardenal del curso, y junto con Jonás, renombrado orejón del barrio, eran los únicos de la cuadra en expresar ese amor tan poco correspondido por ese equipo que se quería sin explicación, incluso sin méritos. Sus hinchas se habían acostumbrado a esperar la ruta del expreso sabiendo que ese periplo a la victoria, más que demorado, era incierto. Tampoco eran relevantes las preguntas por los juegos del destino que habían unido dos fechas tan esperadas en pocas horas y muchos kilómetros de diferencia. Lo relevante era el olor a magia de aquella noche. Lo importante era la brisa fresca que tenía ese olor que tiene todo lo asombroso y fantástico.



Así que, en su pequeña habitación en un apartamento para estudiantes en algún lugar entre la estación Gare du Nord y el Parc Belleville, evitando a toda costa gritar para no despertar a Elsa, la buena *colocateur* italiana que dormía en la habitación contigua, nuestro paciente Job futbolero observaba, de manera ilegal y *on line*, el lanzamiento de Omar Sebastián Pérez desde el costado oriental. Después de tomar el poco impulso que siempre toma y tras hacer el amague que propios y contrarios saben que hace Omar –y que siempre funciona–, el balón se eleva por los aires del Nemesio Camacho Campín.

No hay tiempo para pensar las actividades de las horas que vienen para este santo Job de la academia. Ese terrible examen de casi cuatro horas al estilo francés que nuestro santo hombre de libros y de goles deberá enfrentar, un examen que busca la defensa de un argumento en un intrincado ensayo con estructura exacta y cuyo tema será asignado al ingresar al aula. Pero, ¿qué son cuatro horas de examen, así sea una disertación doctoral, cuando un sueño que parecía prohibido estaba a punto de ocurrir? Ver a la diosa Afrodita desnuda en un río sagrado, tomando el baño, y ver a Santa Fe campeón eran cosas que solo la imaginación permitía y, sin embargo, la imaginación estaba a punto de tomarse el poder en París.

Los aires bogotanos sintieron pasar a treinta y dos metros del suelo, y treinta y siete años de un campeonato, un balón gris que 40 mil impacientes hinchas miraron atentamente mientras el sonido indomable de las vuvuzelas presagiaba un grito que estaba por venir: soñar lo que había sido imposible era ahora lo más real. El balón que envió el calvo fue peinado por Copete, instalándose más allá de la red en una parte híbrida entre la historia y el mito.

Los quince minutos restantes no los puedo narrar porque no hay palabras ni en español, ni alemán, ni siquiera en lenguas élficas, ent o Mordor para decir ese espanto que siguió al gol.

Quince minutos es demasiado cuando se esperó 37 años y tantas cosas pasaron: tanto partido malo, tanta burla en el salón, tanta decepción, tanto tiempo había pasado que ya San Juan había bajado el dedo, los ricos habían entrado al cielo, los camellos ya habían pasado por el ojo de la aguja. Pero, como dice el dicho, «mejor un fin espantoso que un espanto sin fin» y el árbitro pidió el balón para que Santa Fe gritara «¡Campeón!» y sonara el silbato justo cuando el Euro Star, el famoso tren que une a Londres y a París llegara con su silbido, más bello aún porque no sonó el moderno silbato eléctrico sino el clásico, ronco, oscuro y vaporizado pito de tren antiguo, ese de los viejos trenes que quedó grabado en las viejas historias de los libros que leímos de niños y que usted, lector, repite mentalmente ahora mismo mientras lee estas líneas; y cuando el árbitro tomó el balón, nuestro personaje saltó a la cama mordiendo su mano para no despertar a Elsa con un grito que no se puede entender.

Desesperado por no poder gritar las cosas que se gritan cuando uno es campeón, adjetivando con palabrotas que un editor borraría de un texto para niños y adolescentes, Job salió a gritar a la calle para desalojar esa furia reprimida de tantos años después de haberse hecho hinchas del expreso rojo, aquella tarde de domingo de 1992, cuando vio la increíble remolcada de un equipo que perdiendo 3-0 ganó 7-3 y conducido por un tren llamado Valencia le habían enseñado que no está prohibido soñar y que las cosas pueden ser de otro modo.

Entonces, corriendo y gritando, atravesó el canal y la calle San Martín; desfiló sin parar hasta que, en la calle Reamur, en la estación del Museo de Artes, el corte de la baranda peatonal que abre paso al tren lo obligó a detenerse y a ver pasar el *Venice Simplon*, famoso tren que llega de Venecia a París y que seguramente venía habitado por pasajeros de carnaval, que desde la ventana, vestidos con ropas viejas y arrojando papeles le gritaban: «Adieu Rouge» (adiós Rojo), pasajeros de carnaval

a quienes nuestro personaje saludó con ademanes elegantes, mientras tomaba uno de estos papelititos rojos.

Giró luego por la calle del centro Pompidou hacia la estación Châtelet y así llegó a cruzar el río Sena, cuando nuevamente un tren en cuya fumarola podía leerse «Rossiya» (Rusia) pidió pista y cruzó lleno de gente con banderas bandera rojas, que le hicieron pensar que finalmente si había muchos hinchas del expreso esa noche y que en París habían estado celebrando hasta el amanecer de aquel lunes, que quizá debió indagar más para celebrar con ellos, sin percatarse de cómo en su último vagón decía «Transiberiano», debido a que Job ocupaba su calenturienta mente no en el examen que se le venía, tampoco en el tren que lo dejaba, sino en algunos goleadores: Omar Lorenzo Devanni, Walter Sossa, Cañón, Panzutto, Perazzo, «Pepillo» Marín, Gottardi, y, claro, el tren Valencia y Leider Calimenio, los únicos que había visto en vivo y directo en el estadio.

Pensando que es más fácil aprender estos nombres que los verbos irregulares en francés atravesó con prisa el río Sena, no por afán del arduo examen que se le venía pierna arriba, sino por el deseo de correr más y más. Impulsado por el raro sentimiento de rejuvenecimiento, imaginó lo que muchos adultos imaginan ser mientras esperan en la fila de un banco o esperan un bus, corrió con esa fantasía ilegal pero frecuente según la cual no somos lo que somos, sino que somos un volante 10, que corriendo celebraba el gol de último minuto. Así pues, por el costado de Nuestra señora de París, la famosa iglesia gótica de Notre Dame que conoció por la película del Jorobado y cuyas campanas sonaban: «tog... tog... tog...», nuestro afiebrado personaje escuchaba como «gol... gol... gol...».

Para celebrar con baile, se acercó al banco e invitó a bailar a Esmeralda, la gitana protagonista de la novela de Víctor

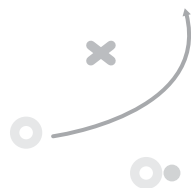
Hugo, que le susurraba enigmáticas frases mientras le metía las manos al bolsillo y bailaban las canciones de ocasión: «Loquito por ti ... rojo, rojo», y la Cumbia de los 100 goles, esas canciones que cantan los hinchas en el estadio y alguna vez le habían hecho pensar el extraño fenómeno que resulta ser la habilidad de aquellos hinchas de la tribuna sur, con pinta de rockeros y anarquistas, y que, sin embargo, disfrutaban adaptar las cumbias navideñas que se bailan con las tías, acompañado de galletas y sabajón, para hacerlas parte de las letras con las que animan en el estadio.

Cuatro o cinco cantos después, librándose de la marca de tan hermosa morena pudo llegar al otro lado del río Sena y, tras pasar la catedral, tomó el famoso boulevard San Michel, que lo llevaría derecho hasta el cruce entre la calle Medici y Soufflout, por donde subiría hasta las clases y exámenes que lo esperaban, trayecto que habría recorrido ágilmente de no ser por el grosero error del Hiram Bingham, un tren que extralimitándose de los 90 kilómetros permitidos desde la estación de Poroy –en las afueras de la ciudad de Cusco– hasta las ruinas incaicas de Machu Picchu, había estacionado bruscamente en aquella glorieta, formando un algarabío inadmisibile de gente rara con letreros que decían «Lizárraga 14 de julio de 1902», y buscaban entre un montón de piedras a un tal Agustín Lizárraga, famoso explorador peruano que tenía debilidad por encontrar ciudades perdidas y aparecer los 14 de julio, razón por la que se encontraba hace ya dos días explorando en París.

Sin extrañarse por todo lo acontecido, guardó en sus bolsillos de niño pequeño una estrella de campeonato, un tiquete del *Euro Star* del año 1992, una bandera de la revolución rusa, una postal de Venecia con un lema del mayo francés, un anillo de gitana de mil ochocientos treinta y pico, y una piedra inca del año 1400 y así sin dormir, pero con cara de ponqué, entró al aula, jurando no relatar nada de lo ocurrido y suponer mejor que todo, absolutamente todo, había sido soñado.



## EL FUERA DE LUGAR



«El hombre tiene mil planes para sí mismo.

El azar, sólo uno para cada uno».

MENCIO

Sin duda es la regla más confusa del fútbol: se está en *posición de fuera de juego* si el jugador está «más cerca de la línea de meta contraria que el balón y el penúltimo adversario». Es decir, si se está cerca pero no habilitado para ..., así, un billete en el piso; la mujer del prójimo; una cagada de una paloma; el disparo de un sicario; un agente de beca; un carro en pico y placa; la respuesta de un examen en la hoja de un compañero; ir a la reunión y conocer a...; una fila del supermercado que entrega el premio; los amantes se miran o no se miran.

*Es infracción de fuera de juego* sí «en el momento en que alguien de su propio equipo toca o juega el balón y el árbitro, según su opinión y visión lo cree involucrado, entonces sanciona», así el dueño de billete observa o no; los amantes son sorprendidos o ignorados; la cagada de la paloma arruina o no el abrigo; el disparo alcanza o apenas roza; la beca es otorgada o rechazada; el policía detiene o no al auto; se observa o no la respuesta del examen; el profesor detecta o no el plagio; se asiste a la reunión en la que conocemos a...; dejamos pasar en la fila; el premio cae o no cae...

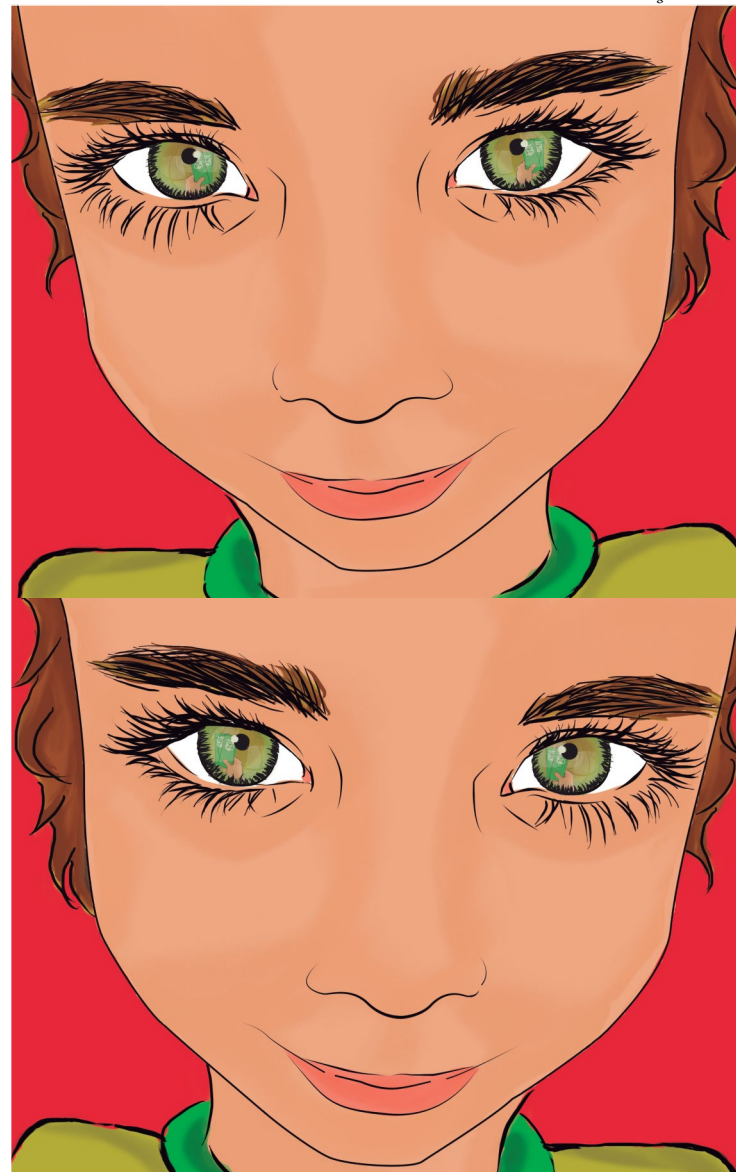


[CLICK PARA VIDEO](#)



## ESOS OJOS VERDES PAISAS

Laura Angélica Mendoza



[CLICK PARA VIDEO](#)



«Los del gallinero pueden aplaudir, los de los palcos que hagan sonar sus joyas».

J. LENON

*A mi madre, Stella*

«No sé, estoy confundido. ¿Voy o no voy? Es que, por un lado, quiero ir, quiero ver, seguro va a ganar Nacional ... Sí, yo creo ... ¿o yo quiero? ¡Yo creo y quiero! Y eso que ese otro equipo es chico pero bueno ... Ni me acuerdo cómo se llama ese equipo ecuatoriano. Pero sí, yo creo y yo quiero. ¡Ah, sí, qué carajos! ¡Voy! Hoy en Medellín ganan. Rueda armó un buen equipo: es equilibrado ¡y qué arquero Armani! Este es buen equipo, gana hoy seguro. Tienen gente con experiencia y está enchufado Borja, ¡es que en Santa Fe jugó poco! Bueno, acá jugó poco y ya metió varios ... Ese va a quedar goleador, está enchufado y un delantero en racha es clave pa' lo de los títulos».

Mientras pienso esto el metro frena y las puertas del vagón se abren en la estación Estadio. El festejo está en boca de todos y es innegable el color verde fiesta. Ya falta poco para el partido.

«¡Qué cantidad de gente! –pienso–. Bueno, no todos los días se juega la final de la Libertadores. ¿Entro o no entro? Es que todo bobo rueda con suerte ... Tan lindos ellos darme esas boletas a mí ¡ummm! Rolo y solo acá, pero ¡qué! ¡Entrar! Ya estoy acá. ¿Y si llamo al paisa? No, ese *man* hace mucho no lo veo, desde el colegio. Imagínese llamarlo ahora, ese más bien que debe estar es por acá, más bien echarle ojo por si lo veo». Bajo las escaleras de la estación y está todo lleno. «No, ¡qué voy a ver ese *man* por acá, si toda esta gente verde por todo lado!».

Agarré toda la setenta y las calles llenas: vendedores, gente, gente, vendedores. Las cosas típicas. Es igual en todos los estadios. «¿Qué hago? –sigo dubitativo–. Es que una cosa es ver un partido

solo y otra estar en una final de Libertadores solo. ¡Ummm! y cuánta gente querrá entrar acá, ¡Qué paradoja! ¿La otra vez quién fue? ... Pablo, si creo que fue Pablo, cuando vino a mochiliar a Colombia que me dijo que Nacional era el más grande del país. Sí, fue Pablo». «Fíjate –dijo–, un equipo es grande si vas a pueblos que están en la mierda y allá venden sus camisetas –insistió–. Vi nenes de tres años con camiseta de Nacional y sin zapatos jugando. Eso es un equipo grande, el que está en todos lados. Y ese equipo acá, es Nacional, como allá Boca» –terminó.

«Sí, me acuerdo. Eso me dijo por allá en el 2010 ¡Qué paradoja, yo acá como una bola, solo y con dos boletas! Y ahora me acuerdo del negro en el salón, él también era amigo del paisa, pero era guajiro y vivía en Bogotá, era hincha de Nacional. ¿Y qué me dice Jaime? Rolo, vive en Cali, hincha de Nacional. Este sí es un equipo de todo el país, fíjese. Cuánta gente por acá, hinchas de Nacional y sin boleta... ¿qué hago? Por ahora voy a ir a donde fui la otra vez, una cosa de caldos y carnes por la Avenida Colombia ¡ummm! Ese día estaba más prendido, allá se puede ir a comer algo y miro qué hago. ¿A qué me defino? Porque es que no sé, hay algo que aún no sé».

Sigo por la calle y escucho a los que ofrecen: «cCicas, chicas» y, en medio de la algarabía de la gente, veo los mariachis que ofrecen sus servicios de reconciliación. Los gambeteo y espero en el semáforo. «¿Voy?», me pregunto.

«¡Ay, no sé! Nacional de lejos es el mejor, no es solo un buen equipo, es el mejor del año, bueno, desde hace un par, pero ¿por qué? Es porque ese equipo es un buen negocio y, como es un buen negocio, es un buen equipo. Es rentable. Eso es lo que ven los dueños. Y está bien, ellos lo tienen para eso, no son hermanitas de la caridad. Pero es eso es lo que no me gusta de ese Nacional. Es que a mí lo que me gusta es el fútbol, no los negocios, y lo que pasa es que este es un negocio que se llama fútbol».

—Veci, buenas, —saludo a una vendedora con la idea de preguntar por el lugar a donde ya había estado alguna madrugada.

—¡Buenas, mi amor!, —me responde con una mirada cariñosa, como si reencontrara a un sobrino que hace años no ve.

—Veci, ¿qué hay bueno para comer por...?

Me interrumpe: —¿Pa' comer bueno? Acá de todo, mi amor.

Me rio. Estos paisas le suben el ánimo a cualquiera. Mi amor pa'cá, mi amor pa'llá, mi rey. Son una terapia de amor propio.

—Tome, pruebe este pincho, mi rey, —me dice la vieja que me da un trozo y ya me metió la venta. «¡Son muy bravos estos!», pienso. Mientras compruebo que efectivamente son muy buenos estos pinchos.

—Bueno, ¿o no?

—Sí.

—Entonces ¿cuántos? ¿Dos?

—No, uno.

—¿Y es que está solito mi amor?

—Independiente del valle—, le digo a la doña mientras le aclaro que no me acordaba cómo se llama el otro equipo que juega hoy.

—¿O está esperando a sus amigos? ¿A la novia? —continúa ella sin prestar atención a mi comentario innecesario y descontextualizado—. Eso vaya pidiéndoles de una vez, que ya no más empieza el partido y esto está lo más bueno.



Empiezo a entender parte de la contradicción que tenía en la cabeza, lo que me incomoda de entrar: ¡tanta gente bacana acá y yo solo como hongo! A mí me gusta el fútbol de barrio, me gusta ver el fútbol con amigos. Me gusta el abrazo del gol, la mirada cómplice con el otro que revela un «nos salvamos» y retorna los ojos a la pantalla mientras continua el silencio expectante.

—Señor, señor —me dice un niño— ¿me pasa el balón?

Un niño me pide que le alcance el balón y la doña de los pinchos lo regaña.

—¡Santiago! No moleste al señor, deje de jugar con eso que va a hacer daños y ayude pues a su hermano, que Brayan tiene que alistar los vasos, que hay que tener esas gaseosas servidas que la gente ya viene de afán y el partido empieza en un rato no más ¿sí?

La señora termina su regaño y con esto yo veo con más claridad la contradicción que tenía. Ver esa gaseosa, con esos apellidos POSada y TOBON, el equipo de los Ardila y esas familias ricas que vendieron el país y que pusieron a estos pelaos pobres y con un solo apellido —el de la madre— a vender lo que fuera en vez de jugar, trabajar y no estudiar, o trabajar y a estudiar «para que sean alguien en la vida» como si ahora no fueran nada; a estos y tantos pelaos que les piden que estudien algo para ganarse la vida con esa frase que menta que la vida ya está perdida; a estos pelaos que les dicen que estudien algo para ganarse la vida con esa frase que menta que el estudio es un medio para sobre vivir y no un fin, o algo para entender qué significa vivir bien, porque esa pregunta es mucho cuando a los pelaos solo les quieren enseñar a sobrevivir y ganarse la vida. El torneo colombiano es una metáfora de las contradicciones del país: unos pocos con todo para ganar mucho y muchos con poco para ver cómo subsisten. La señora termina su regaño y con esto yo termino de entender la contradicción que tenía.





—No te lo voy a dar, —le respondo al niño, que debe tener unos 10, 12 años.

—¿Por qué?, —pregunta sin el más mínimo asomo de nada.

—Porque te voy a apostar una tanda de penales, —agrego yo un tanto nervioso, quizá ansioso—. —Si yo gano, —le digo— me como otro pincho gratis. Es que, como dicen acá: «Esto está muy bueno». —Y si tú ganas, ganas dos boletas para ir el partido.

—¡Ja, oigan al otro! —dice sonriendo mientras mira a su hermano abriendo los ojos.

Me levante y tiré el palo a la caneca. Tomé el balón (un rollo de papeles amarrado con una cinta vieja) y le conté que desde hace mucho no juego con esos balones. Quizá, desde que jugaba en el salón, con el paisa, con Julián, con el negro, en sexto o séptimo, entre la clase de religión y la de español.

No es necesario que sepa el lector el resultado de la tanda de penales. Eso son números, más bien imagine la alegría de esos niños; imagine eso ojos verdes paisas y esa cara de esperanza que interrogaban a la madre por un permiso para ir al estadio.

—¡Vayan, pues! —dice la mamá—, que yo me las arreglo acá sola, como siempre. Pero cuando se acabe el partido vuelven ligerito, que me tienen que ayudar a levantar todo esto, que eso después la gente se pone como loca y yo no arrisco con todo el carro.

Algo me dice la señora, pero yo no le escucho. No escucho por el ruido de la gente, el ruido de las cornetas, no escucho por mis emociones sutiles que me hace pensar en la alegría tan sencilla de esos niños por haber ganado una tanda de penales que los lleva a final de una Libertadores, tan de repente. Los miré irse corriendo y me hicieron pensar en mi infancia, en esa empresa dueña de Nacional, en este puto sistema que produce

miseria en masa, en el fracaso de las alternativas a ese sistema, en la señora que tan amablemente me extiende el brazo y me da otro pincho, que me mira con su rostro bello y curtido por el sol; ella, que representa esa verdadera belleza paisa, me mira con esos ojos verdes paisas y no necesita decirme nada.

—¡No tiene nada que agradecer! —le digo—. Gracias a sumercé y a sus hijos hermosos.

Me despido con un gesto mirando a la doña nuevamente y apachurro los ojos para hacerle creer que le agradezco y ocultarle que estoy que lloro.

Me voy al metro, en contra vía, todos vienen, nadie va. Eso me hace sentir solo. Pero sé que voy por camino correcto: los enamorados siempre caminamos en contravía, así que me subo en la estación donde todos se bajan. En el cambio de la estación San Antonio escucho unos gritos emocionados: tres amigos pegados intentando escuchar por un único audífono. Me bajo en estación Acevedo y voy subiendo cuando se escucha un grito, un sonido seco. Un eco en todo el Valle de Aburrá. «Gol de Borja», me dice emocionado un señor con cara de alegría ... y me abraza ignorando mi notoria rolés. «Esta noche es», agrega el viejo sonriendo y se distancia al observar que el abrazo lo dejó (inconscientemente) muy pegado a mi propio cuerpo.

Minutos después cambio de sistema y empiezo a subir por el metro cable en Andalucía, me encuentro a Cristina ... Sí, creo que me dijo que se llama Cristina. Me da una clase de política y de filosofía como solo una mujer del común puede darla. Ella, que creció en el barrio, que se enamoró en ese mismo barrio, que vio muertos en épocas bravas, que va a la tienda y trabaja en ese mismo barrio, me comenta sin que yo le diga nada:

—Acá lo de los muertos ya pasó. Hay que llorarlos y dejarlos morir porque a uno le toca seguir viviendo —dice con un rostro

que me hace sentir que lloró mucho y sabe lo que dice—. Lo que sí —sigue ella mientras aprieta una bolsa vieja de la alcaldía que lleva en las piernas—, es que la gente a veces no ayuda, mire ese dónde parquea —y señala por los vidrios un taxi en un andén— y lo otro son los políticos que nos siguen robando ... Mire, mire, esa biblioteca que 15 mil millones dicen que valió. Y uno sabe que se robaron la plata.

Vamos los dos solos en el vagón del Metrocable. Yo había empezado a charlar después del comentario porque siempre a donde voy pregunto de todo y a toda hora. No puedo evitarlo. Y mientras hablamos puedo ver las luces de toda la ciudad y me acuerdo del grupo de hip- hop paisa; veo esas montañas que voy subiendo y canto esa frase: «la parte alta del nivel social más bajo», y pienso que casi no me gusta ese género, pero sí me gusta ver gente que hace las vainas al revés y le quedan bien, como ellos, que bailan con la cabeza y no con los pies.

Doña Cristina sigue:

—Acá lo único que tenemos que hacer para hacer justicia es ayudarnos entre nosotros. Acá la gente es buena —me dice, insistiendo con su rostro—, solo que nos roban la plata y las oportunidades —dice apretando ahora la otra bolsa en la que lleva un pan.

De vuelta la garganta apretada porque esa señora acaba de resumir libros de muchas páginas y teorías sobre la justicia y la solidaridad que se discuten en la universidad y, mientras veo el letrero de «Antioquia la más educada», me acuerdo de la frase: «el mucho saber no da entendimiento»; me acuerdo de los jerarcas Nazis, tan cultos ellos, tan educados, tan malos y banales; recuerdo tanto demagogo en política que cree que hablar de educación ya es suficiente para aparentar ser bueno, incluso para serlo; de esos políticos y empresarios que piensan que llevar una biblioteca a un barrio humilde es mucho, como

si los libros se leyeran solos, como si los lectores entendieran y se educaran «cuando tiene hambre, cuando tienen frío» y me acuerdo de la doña del chorizo, de Santiago y de Brayan. Pienso en todos los Santiago y Brayan que viven allí abajo en esas casas que tienen techos desordenados con llantas y con palos.

—¡Qué pendejada! —le digo a doña Cristina, que me ve nervioso—. ¡Qué pendejada esto! ¡Nosotros los empobrecidos somos como contradictorios! ¿me entiende? Como raros. Mire, allá, en el estadio, estamos todos los hinchas pobres en el club de uno de los hombres más ricos y mire: ya pasamos la estación Popular y la que sigue... ¡Santo Domingo! ¿No le parece curioso, doña Cristina?





Emociones sutiles. El fútbol como metáfora

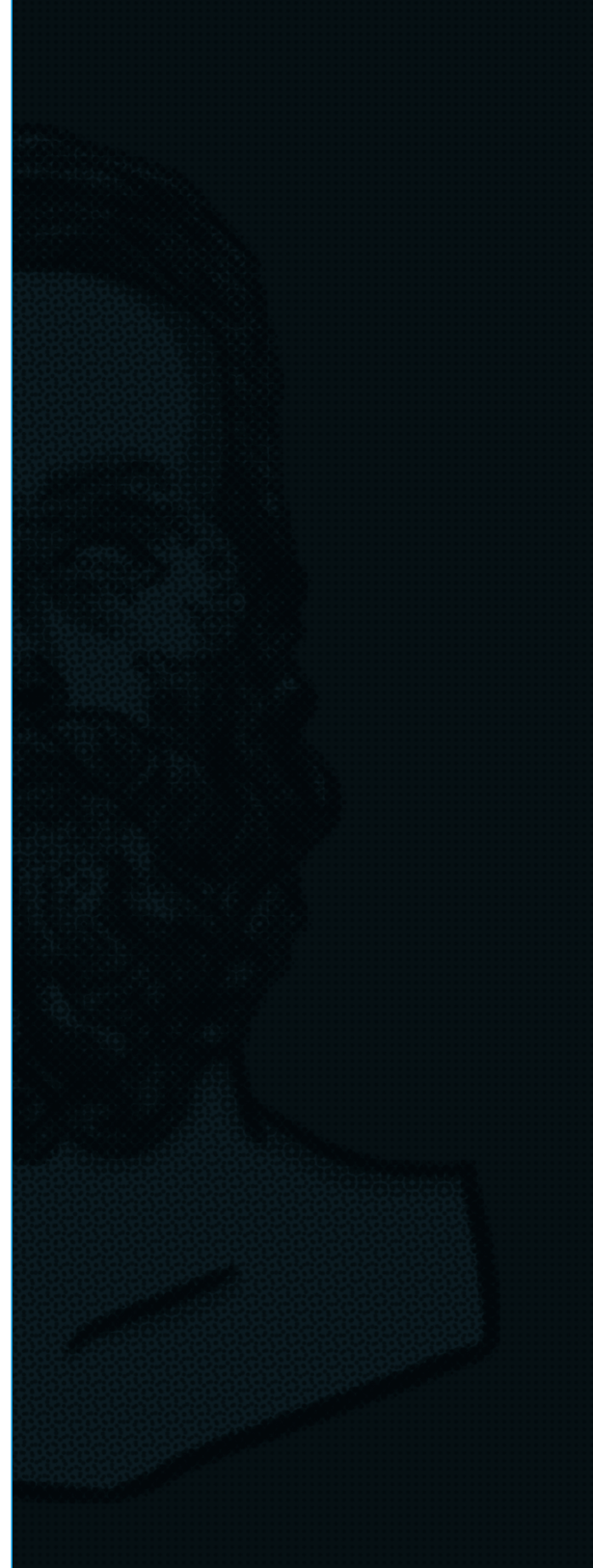
Se terminó de imprimir en enero de 2020.

Para su elaboración se utilizó papel bond de 70 gramos  
en páginas interiores y papel propalcote de 280 gramos para la carátula.

Las fuentes tipográficas empleadas son Adobe Jenson Pro (Light)

12 puntos en texto corrido y Adobe Jenson Pro (Regular)

12 en títulos



Aunque este libro lo escribió un filósofo, sociólogo y politólogo, aunque este libro lo escribió un doctor en Ciencias Sociales, este libro no es teórico. Este libro es un complot, un autogol en contra de sus otros cinco libros. Si el lector encuentra cosas profundas ... es cosa del lector. Aquí hablamos de modo sencillo y de cosas sutiles, de emociones que también quieren ser sentidas: de la incertidumbre de un pensionado cuya vida acabó con un silbido; de aquellos acontecimientos que nadie esperaba; del azar, de la esperanza, de los sueños; sobre la victoria, la derrota, sobre un instante; de la amistad, de la verdad, la libertad, la fantasía y hablamos de eso a través del fútbol.

Presentamos diversos episodios, crónicas y ficciones relacionadas con el famoso espectáculo deportivo.

Hay episodios dedicados a singulares personajes, otros son famosos acontecimientos. En fin, este es un texto para los amantes del famoso deporte, pero también para aquellos que se dieron cuenta que «los estereotipos son verdades cansadas», y que se puede mirar lo común con otros ojos.



**UNIVERSIDAD  
LIBRE®**  
Facultad de Filosofía  
Bogotá D.C.

ISBN 978-958-5578-21-0

